BOLSILIBROS BRUGUERA

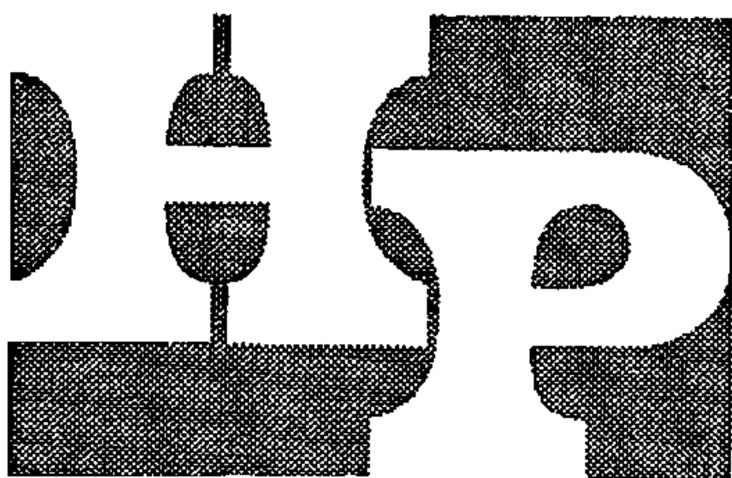
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

LA SOGA EN EL CUELLO







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA SOGA EN EL CUELLO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 266
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 52864-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2 .º edicción: febrero, 1975

FRANCISCO BRUGUERA - *1966*

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

—¿Está listo el verdugo…? —preguntó el marshall de Flower City, Arnold Masters, a su ayudante Matt Spilling.

—A mí me parece que el muchacho está un poco flojo.

—¿Qué quieres decir, Matt?

—Vi a Oscar retorcerle el pescuezo a una gallina, y eso fue hace cosa de quince minutos.

El marshall se pasó la mano por la cara en un gesto de exasperación.

—¿No le dijiste a Oscar que no se trata de estrangular con sus propias manos, sino hacerlo con una soga?

—Claro que se lo dije, jefe. Lo que pasa es que Oscar se está ambientando.

—Entiendo… Pero no me fío de Oscar.

—Sí, yo tampoco me fiaría de él, si fuese la víctima. Oscar es un manazas. Seguro que el ajusticiado tarda más de quince minutos en morir… Ya lo veo corcoveando como un caballo espantado. Será un espectáculo lamentable.

—No sigas… Cené hace cinco minutos. ¿Quieres que vacíe el estómago?

—Disculpe, jefe. Pero fue usted quien sacó el tema a relucir.

En aquel momento, habló el hombre que estaba al otro lado de la reja, al fondo de la estancia. Era el hombre a quien iban a ajusticiar.

—¿Puedo opinar yo, marshall?

Estaba en pie, tras la reja. Se le veía simpático, con ojos de granuja.

—¿Qué le pasa, Tony…? —inquirió el representante de la ley.

—Son las nueve de la noche y tengo entendido que mañana me

colgarán a las siete.

—¿Por qué recordamos lo que ya sabemos?

—Dicen que la última noche de un condenado a muerte es la más buena de su vida.

—Ya he tenido en cuenta eso.

—¿Y qué me ha preparado de cena?

—De primer plato, espaguetis.

—Disculpe, *sheriff*, pero no los quiero demasiado espesos… Ya sabe, si me caen mal en el estómago, mañana puedo tener un pésimo día.

El marshall y su ayudante miraron con la boca abierta al preso.

—Eh, jefe —dijo Matt Spilling—. Cualquiera diría que este tipo se va a correr la gran juerga mañana.

Tony Murray, el preso, dijo:

—¿Qué hay de segundo plato?

—Huevos rellenos. De tercero unos buenos filetes con alcachofas y abundancia de patatas. De postre, pastel de manzana.

—¿Eso es todo…?

—¿Le parece poco…? Su cena va a costar cuatro dólares, Murray.

—¿Incluida la propina?

—Aquí no se dan propinas.

—Está bien. Si me lo permite, correré yo con eso.

—Sólo le quedan cincuenta centavos.

—Pues ésa será la propina. Pero falta lo más importante, marshall.

—¿Qué cosa?

—Una pelirroja.

—¿Una qué…?

—Vamos, marshall, usted debe hacerse cargo de las circunstancias. ¿Cree que en la vida de un hombre todo consiste en comer y beber?

—Es usted un cara dura, Tony. ¿Cómo ha podido pensar siquiera por un momento que voy a permitir que entre una mujer ahí con usted?

—Bueno, si su moral se va a resquebrajar, no hace falta que ella entre aquí. Ustedes me pueden llevar a la habitación donde ella me esté esperando… Pero, naturalmente, hay cosas que no se pueden

ver. Ustedes se quedarán fuera, revólver en mano.

—¿Nos toma por idiotas?

—Oh, de ninguna forma, autoridad.

—Entonces, olvídese de la pelirroja.

—No se preocupe, me olvidaré… Siempre me ha pasado lo mismo por donde quiera que haya ido, no me comprendió nadie.

Tony Murray encanutó los labios y, silbando una cancioncilla de moda, se dirigió al camastro, donde se tendió.

El ayudante Matt Spilling no había salido de su asombro, tras escuchar el diálogo entablado entre su jefe y el reo.

—Demonios, jefe. Ahí tiene usted un tipo con agallas.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamaría?

—Cinismo. Todos los delincuentes tienen ese defecto, Matt. Y sería mejor que no lo olvidases, si algún día quieres reemplazarme.

—Desde luego. Pero yo creo que ese Tony Murray posee algo más que cinismo. Lo he observado bien. Se diferencia bastante de los otros dos reos que he visto ahorcar. Demonios, ¿se acuerda de Gerald Chasse…? Lo tuvimos que llevar entre usted y yo al patíbulo, y cuando estaba arriba, dio que hablar haciéndose aguas menores… ¿Y qué me dice de Robert Pearson, alias el Mantecas…? Se me parte el corazón cada vez que lo recuerdo, aquí, arrodillado, hablándonos de sus nueve hijos.

—Era mentira. No habría ningún hijo…

—Bueno, ¿quién sabe…? Un tipo como el Mantecas se podía haber dejado un hijo en cada pueblo que visitase. Recuerde que en su vida sólo mató mujeres… Como le iba diciendo, Tony Murray da la sensación de que no se va a achicar. Gerald Chasse y el Mantecas también dieron pruebas de cinismo hasta que les llegó la hora. Entonces se pusieron a temblar como los flanes que hace la señora McDougal.

—También Murray temblará, no te preocupes —dijo el marshall dirigiendo una mirada de soslayo a la celda.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el marshall.

Entró una viejecita de unos setenta años.

—¿Dónde está ese miserable…? ¿Dónde está ese canalla? —exclamó, mirando a un lado y otro.

—Si se refiere a mi jefe, ahí lo tiene —dijo el ayudante, señalando a Arnold Masters.

—Matt —gritó furioso el marshall—. ¿Qué estupideces estás diciendo?

—Perdone, jefe, pero ella ha dicho…

—¡Cállate!

La vieja se había movido hacia la celda y de pronto exclamó:

—¡Miserable! Al fin te veo… Y como siempre, querrás que yo te saque del apuro…

El preso había doblado la cabeza en el jergón y, al ver a la vieja, chascó la lengua:

—Abuela, ¿por qué diablos no me has dejado en paz…? ¿Por qué siempre te has de meter en mis cosas…?

La abuela sacudió un dedo en un gesto admonitorio.

—¿De qué han servido las buenas lecciones que te di de pequeño…? ¿De qué han servido mis desvelos…?

El marshall se había puesto en pie.

—Mi nombre es Bárbara Murray —dijo la anciana mirando al marshall por encima de sus lentes—, y soy la abuela de ese hombre que tiene usted ahí dentro… Dios mío, la de malos ratos que me ha hecho pasar… Usted no podría contarlos ni con los cabellos de su cabeza.

—Yo creo que sí se podrían contar —dijo el ayudante mirando la cabeza calva de su jefe.

—Matt, ¿por qué no cierras el pico de una vez?

La señora Murray abrió su bolso.

—Marshall, dígame qué es lo que tengo que dar y me llevaré a mi nieto…

—¿Cómo?

—Ya sabe, la multa esa que ustedes imponen siempre. Pero, por favor, no me pida más de cinco dólares, porque no los llevo.

El marshall Masters se había quedado de muestra. Por fin salió de su inmovilidad.

—Señora Murray, me temo que no pueda hacer nada por su nieto.

—¿Qué dice…? Claro que puedo hacer. Siempre lo he hecho, y esta vez no va a ser una excepción… Verá, marshall, tengo una idea. Si la multa pasa de cinco dólares, me quedaré en el pueblo

para fregar.

—¿Eh?

—Me ofreceré como mujer de la limpieza, ya está dicho.

El marshall miró a su ayudante y lo vio con lágrimas en los ojos.

—Verá, creo que me está ocurriendo lo mismo que a Gerald Chasse y al Mantecas. Yo también soy un flan, jefe, no lo puedo remediar…

Arnold Masters apretó los dientes, pero luego hizo un gesto de benevolencia, dirigiéndose a su visitante.

—Señora Murray, tengo que darle una noticia muy mala… Vamos a ahorcar a su nieto.

La vieja soltó una carcajada.

—Usted está de broma, marshall. ¿Cómo van a ahorcar a un chico tan buen mozo como mi nieto…? Vamos, hombre, no diga tonterías… Si es casi un ángel.

—Pero usted acaba de decir antes que era un canalla, un miserable, un granuja…

—Sí, es cierto que lo dije, pero no dije que fuese un criminal, un asesino.

—Siento contradecirla, pero lo es.

—¿Cómo…?

—Ha asesinado a una mujer.

—Oh, no…

—Sí, señora Murray.

—¿A quién mató?

—A la alcaldesa.

—Le repito que Tony no ha podido hacer una cosa así.

—Oiga, señora Murray, lo crea o no, su nieto se llevó a la alcaldesa al río. Allí pasó lo que tenía que pasar.

—¿Y qué ocurrió después…?

—Su nieto liquidó a su amante.

—¡No!

—Sí, y lo hizo de una forma sádica, la troceó y enterró los pedazos… Hizo tan bien su trabajo que no hemos podido hallarlos.

La vieja echó una mirada a la celda.

Tony Murray se había acercado ya a la verja.

—Abuela, te prohíbo que creas semejante acusación de mí.

—Tony, ¿me vas a decir ahora mismo la verdad…?

—Sí, abuelita.
—¿Te llevaste de verdad a la alcaldesa?
Tony se miró la punta de las botas en un gesto de embarazoso, y en esa posición, con voz triste, dijo:
—Sí, abuela, me la llevé al río, pero te juro que me dijo que era soltera.
La abuela pegó un patadón en el suelo.
—Pero tenía marido…
—Eso lo supe después, en el juicio.
—¿Cómo pudiste hacer una cosa así, Tony…? ¿Cómo, Dios mío…? ¡Hacerle daño a una mujer…!
—Oh, no, abuela, todo lo contrario… La traté muy bien, de la mejor manera que yo trato a las mujeres… Me aparté de ella porque se puso pesada… Juro que tuve que echar a correr… Hay algunas que son así. Les das un trozo de mano y ellas se toman todo el brazo.
—Y que lo diga, reo —intervino el ayudante Matt—. Si yo le contase lo que me pasó con cierta señora…
—¡Matt! —chilló el marshall.
—Oh, perdone, jefe, ya olvidé que tenía que estar con el pico cerrado.
La abuela sacudió la cabeza y dijo con voz quejumbrosa:
—No pueden hacerle eso a Tony… No lo pueden ahorcar, marshall… Ya lo ha oído a él… El chico trató estupendamente a la alcaldesa… ¿Se imaginan al pobrecito corriendo, escapando de las garras de esa mala mujer…? Supongo que era un bicho de cuidado… Pobrecito mío…
—¿Puedo opinar, jefe? —inquirió el ayudante.
—¿Qué se te ocurre, Matt?
—La verdad es que la alcaldesa era un rato coqueta. Usted mismo contó que una vez se permitió hacerle guiñitos…
El marshall cerró los puños. Las palabras se le atropellaron en la boca.
—Está bien, Matt. Era coqueta, pero eso no autorizaba a nadie a despedazarla. Y eso es lo que hizo Tony Murray como quedó demostrado en el juicio. A la orilla del río fue descubierto un cuchillo con sangre y da la casualidad que el cuchillo pertenecía a Tony Murray, como él mismo confesó…

—Ya les conté que poco después de apartarme de la alcaldesa, un ladrón intentó robarme… Peleé con él. Me había desarmado y sólo tenía el cuchillo para defenderme. Le produje una herida y, entonces, él huyó… Con todo aquel jaleo, perdí el cuchillo…

—Sí, es lo que usted dijo, pero no le sirvió para nada.

—No me sirvió porque todos ustedes estaban empeñados en colgarme. El alcalde, el fiscal, usted, hasta mi abogado defensor…

El marshall dio un suspiro.

—Lo importante es que ya nadie volvió a ver a la alcaldesa, y eso demuestra que usted la despedazó.

La abuela Murray rompió a llorar.

—Dios mío, ¿qué va a ser de mí…? Tony es mi único nieto… Ha sido revoltoso durante toda su vida, pero no un asesino…

El ayudante Matt se llevó un dedo a los ojos para evitar que las lágrimas le resbalasen por las mejillas.

—Jefe, no puedo con estas cosas… Creo que voy a presentar mi renuncia.

—Te prohíbo que lo hagas hasta que hayamos colgado al reo… Oh, perdón, señora… Ya mencioné la cuerda en casa del ahorcado.

—Descuide, marshall. Todos cometemos errores.

La abuela abrió de nuevo el bolso. Seguía gimoteando.

El marshall y su ayudante, esperaron que la vieja sacase un pañuelo, pero lo que sacó fue un pistolón.

—Eh, ¿qué es eso, abuela…? —exclamó el marshall.

—Un arma que dispara. De modo que, a partir de ahora, mucho cuidado… Haga cualquiera de ustedes el héroe, y lo decapito…

CAPÍTULO II

El marshall fue el primero en reaccionar.

—Eh, abuela, lo que está haciendo es contrario a la ley. No se puede amenazar a las autoridades.

—Descuide, no les pasará nada a ninguno de los dos si se comportan como chicos obedientes.

El ayudante tenía la boca abierta, y ahora, como había bajado la mano, por sus mejillas corrieron lágrimas que aún quedaban en sus ojos.

—Ayudante —dijo la abuela—. Abra la celda del detenido.

—¡No puede! —gritó el marshall.

—Le di una orden, ayudante —insistió la abuela—. Vacile un momento y se acabó.

—¡Ahora mismo le abro a su nieto! —exclamó Matt Spilling.

Corrió a la pared, tomó el llavero y se fue a la celda, cuya puerta abrió en unos instantes.

Tony Murray desarmó a Matt Spilling, pero entonces se volvió a meter en la celda.

—Olvidaba mi sombrero —dijo apareciendo con la cabeza cubierta.

La cara del marshall se había puesto lívida.

—Por última vez, señora Murray… Desista de salvar a su nieto… Él se ganó una buena soga al cuello y vive Dios que lo colgaremos en Flower City…

—¿Tiene los caballos, abuela? —preguntó Murray.

—Sí.

—Entonces, vámonos —repuso Murray al mismo tiempo que desarmaba al marshall—. Pero antes, ustedes dos van a entrar en la celda.

El marshall fue a protestar, pero a última hora, cerró la boca y fue en pos de su ayudante, que ya había entrado en el recinto enrejado.

Tony Murray le dio la vuelta a la llave en la cerradura.

—Nos llevamos el llavero, marshall. No podemos permitir que nos sigan de cerca.

—Escuche, señor Murray —dijo el marshall señalándolo con el dedo—. Ni su mismísima abuela va a impedir que usted pague por lo que hizo… Por eso le invito a que vuelva aquí.

—Lo siento, marshall, pero sólo tengo un cuello. Y no me hizo ninguna gracia eso que contó Matt de que el verdugo se está enfrenando a estas horas retorciendo el pescuezo de gallinas…

La abuela ya había llegado a la puerta.

Murray retrocedió y los dos salieron de la comisaría.

Montaron en los caballos que tenían delante de la barra, y en seguida emprendieron una furiosa galopada.

Algunas personas los miraron, pero no les concedieron mayor importancia.

Cuando se encontraron a unas tres millas del pueblo, la abuela gritó:

—¡Eh, muchacho, no puedo con estas malditas ropas…!

Se detuvieron.

La abuela saltó de la silla.

Se empezó a quitar la falda, las enaguas, y por último se quitó la peluca.

Era un hombre.

—Nick —dijo Murray—. Hiciste una buena interpretación, pero rae gustó más la de rubia imponente que hiciste en Abilene.

—A cada persona hay que darle lo suyo —contestó Nick Dukes —. Aquel ranchero de Abilene tenía fama de mujeriego, ¡pero me dijeron que el marshall de Flower City estaba ya de capa caída…!

—¿Por qué no sacaste la pistola antes?

—Tú sabes que no lo puedo remediar. No pude ser actor… Era para lo que yo servía, y cuando me encuentro a gusto en un papel, me muero por llevarlo hasta el final…

—Pasé un infierno mientras te lamentabas de las trapisondas de tu pobre nieto. Pensé que, en cualquier momento el marshall descubriría la trampa… ¿Ya terminaste?

—Listo, muchacho —contestó Nick después de esconder las ropas tras unos arbustos.

Montó en la silla y, en ese momento, Murray preguntó:

—Eh, un momento, Nick. ¿Por qué te retrasaste tanto? Estuve tres días en el pueblo esperándote.

—Tony, ¿crees que eres el único hombre con complicaciones amorosas?

—De modo que fue eso.

—¡Qué morena, Tony…! ¡Qué morena me encontré en Los Amarillos…!

Tony cerró los ojos mientras daba un suspiro.

—Oye, Nick, ¿me puedes decir cuánto dinero tienes?

—Una moneda de a cinco centavos.

—¡Oh, no!

—Era una morena cara.

—Y yo confiaba en ti, Nick…

—Te voy a decir algo en confianza. A mí me pasaba lo mismo contigo. Confiaba en que con tu plata podrías hacerme un préstamo…

—No tengo nada.

—Sí, ya lo imagino. Supongo que estarás sin blanca después de haberte sacado de esa celda… ¿Y qué vamos a hacer ahora?

De pronto, oyeron a lo lejos un tropel de caballos.

—¿Que qué vamos a hacer? —dijo Tony—. ¡Correr antes de que nos atrapen…!

Los dos amigos fustigaron sus monturas y éstas emprendieron una vertiginosa carrera.

CAPÍTULO III

—¿Crees que nos siguen? —preguntó Nick Dukes.

—No, no creo que los llevemos detrás —contestó Tony Murray —. Hemos cambiado de dirección seis veces, y nos metimos en buen terreno pata escapar. Estoy seguro de que esos tipos que me quieren poner la soga al cuello, están muy lejos de nosotros.

—Dialogaban en lo alto de una colina, donde se habían detenido. Desde allí se divisaba un pueblo.

—Nos detendremos ahí —dijo Tony Murray.

—¿No será mejor que continuemos? —repuso Nick.

—¿Cómo quieres que sigamos adelante con una moneda de cinco centavos? Descuida, Nos entretendremos únicamente para aprovisionarnos.

—Está bien. Como tú quieras. Pero, si dependiese de mí, continuaríamos el camino aunque tuviese que comer raíces. No será la primera vez que lo hacemos.

—¿Por qué comer raíces cuando se le puede meter el diente a un buen asado, Nick?

A Nick se le hizo la boca agua e instantáneamente desaparecieron sus prevenciones.

—Vamos al pueblo, Tony. Por lo que más quieras, consigamos el asado pronto porque hace dos días que no como.

Poco después, llegaban a la entrada del pueblo. Por el cartel que vieron en el poste supieron que se llamaba Loraine.

Estaban pasando frente al hotel Indiana, cuando una de las ventanas se abrió de golpe, y una mujer gritó:

—¡Socorro, que me matan…!

Los dos hombres tiraron de las riendas de los caballos.

—¡Demonios…! Si es la alcaldesa… —exclamó Tony.

—¿Qué…?

—¡La despedazada…! Espérame aquí, Nick…

Tony saltó de la silla y echó a correr.

Entró como un ciclón en el hotel.

En el registro había un anciano.

—Eh, usted, ¿adónde va? —preguntó al ver que un forastero corría como una exhalación hacia la escalera.

—Ya se lo contaré luego, abuelo… ¿Cuál es la habitación de la rubia de curvas…?

—La ocho, pero ya tiene a su hombre.

Tony no hizo caso de lo que le decía el recepcionista.

Llegado arriba, abrió de un tirón la puerta número ocho.

En la cama se desarrollaba un drama.

Un hombre había atenazado por la garganta a la alcaldesa de Flower City, y, al parecer, a la joven ya le faltaba aire.

Tony cayó sobre el hombre. Lo hizo girar poniendo una mano sobre su hombro y luego le conectó el puño sobre la mejilla.

El hombre rodó por el suelo.

La alcaldesa se llamaba Jessie Maddox y era un ejemplar de rubia verdaderamente majestuosa.

—Oh, Tony… Gracias por haber llegado a tiempo… Ese hombre me iba a estrangular…

—Soy yo el que te va a estrangular, y me alegro de ocupar su puesto.

—¿Qué dices, Tony…?

—¿Sabes que me iban a colgar en tu pueblo por tu culpa…? Creyeron que te había asesinado…

El estrangulador se rehízo y atacó con furia.

Tony le paró pegándole un puñetazo en el plexo solar y luego le volvió a colocar la derecha en la barbilla.

Él tipo rodó por el suelo.

Jessie se puso a lloriquear.

—Tony, oh, qué desgraciada soy…

—¿Me quieres decir por qué te largaste de allí con este tipo…?

—Es King Lowery, un buscador de oro. Me dijo que había encontrado un filón… Me aseguró que de su mina sacaría más de cien mil dólares… Yo estaba muy aburrida en aquel pueblo, compréndelo, y me vi con joyas, vestidos, un coche y media docena

de criados… Mírame, Tony, y dime si no me merezco yo todo eso…

Tony la miró de pies a cabeza y se dijo que sí, que merecía muy buenas cosas en este mundo porque la chica no tenía el menor defecto en la fachada.

King Lowery, el buscador de oro, volvió a la carga.

Tony le soltó un trallazo entre los ojos y otra vez cayó al suelo.

Tony se masajeó el mentón.

—¿Qué pasó con el oro de King Lowery, Jessie?

—Todo fue una mentira… Oh, qué desgraciada soy… Fui la víctima de un hombre que con sus palabras me enredó y me enredó… Tony, ¿por qué seré tan ingenua con los hombres…?

Tony se dijo que si Jessie era ingenua, él era el presidente de los Estados Unidos.

—Ya lo ves, Tony… Le dije a King que lo iba a abandonar, que me volvía a Flower City con mi marido, que había sido un canalla por sacarme de mi casa… Pero él está loco por mí… Tony, ¿qué tengo yo que me quieren tanto los hombres…?

—Eres muy dulce.

Jessie abanicó las pestañas y sonrió.

—¿Tú crees, Tony?

Echó a andar hacia él.

—Eh, espera un momento —dijo el muchacho para hacer frente a otra acometida del buscador de oro.

Ahora fue un zurdazo terrible.

King Lowery salió disparado por la estancia y se estrelló en la pared.

Pareció por un momento que el hotel se iba a venir abajo, pero se comprobó en seguida que contaba con unos buenos cimientos.

El buscador de oro puso los ojos en blanco, y resbaló hasta quedar sentado sobre sus cuartos traseros.

Entonces, Jessie, que había interrumpido su camino hasta Tony, se dejó caer en los brazos de él.

—Oh, Tony… Te necesito…

Tony la estrechó contra sí y la besó en los labios.

En aquel momento oyeron un tropel de caballos en la calle.

—¿Qué es eso? —dijo Tony.

—Olvídate de todo, Tony… Tú y yo estamos solos aquí…

—¿Olvidas que está con nosotros King Lowery…?

—Pégale uno muy fuerte y que nos deje en paz durante los próximos quince minutos.

La puerta número ocho se abrió bruscamente y Niele Dukes apareció dando gritos como un loco.

—¡Ya están aquí…! ¡Ya están aquí…! Nos van a ahorcar a los dos… Vienen el marshall y el alcalde. Apuesto a que está todo el pueblo de Flower City…

—¡Mi marido! —exclamó Jessie—. Debemos hacerle frente, querido…

—No te preocupes, confía en mí.

Nick danzaba nervioso de un lado a otro.

—¡Yo no quiero estar presente!

Gateó desapareciendo debajo de la cama.

—Será mejor que prestes tu colaboración, Jessie… —Rompió el silencio Tony.

—¿Qué quieres que haga…?

—Un hombre no necesita decir lo que ha de hacer una mujer en un momento como éste…

—Oh, sí, debo llorar…

Tony le dio un beso en la frente.

—Eres un portento.

Jessie respiró profundamente, pegó un aullido y se puso a llorar.

—No, por favor, todavía no —dijo Tony—. Te estás precipitando…

Jessie cortó en seco su lloro.

En aquel momento oyeron un tropel por la escalera.

—Ya vienen… A la cama, Jessie.

La joven corrió hacia el lecho y se echó de bruces. Pero de pronto se acordó de algo. Cogió su hombro y lo rasgó. Lo mismo hizo con la falda. Al mismo tiempo, empezó a llorar.

De nuevo la puerta de aquella habitación se abrió de golpe.

El marshall, el ayudante, el alcalde y otros representantes de las fuerzas vivas de Flower City irrumpieron en el cuarto con las armas por delante.

—¡Dese preso, Tony Murray! —Se carcajeó el marshall—. Ya le dije que no llegaría muy lejos La soga de cáñamo fue hecha para usted.

Tony se tocó el cuello.

—Lo siento, marshall, pero tendrá que buscarse otra víctima para su diversión.

El alcalde, que era un hombre de mediana estatura, rollizo, de vientre abultado, y carirredondo, además de feo, tartamudeó:

—¡Cielos…! ¡Es ella…! ¡Mi mujer…!

Todos los hombres de Flower City que estaban allí parecieron convertirse en estatuas.

Jessie Maddox se incorporó ligeramente. Su cara era en realidad trágica.

—Jimmy… Jimmy querido… —aulló.

—Jessie… Mi Jessie…

El alcalde corrió hacia su joven esposa.

—Jimmy, mira cómo me han puesto… —dijo ella por su hombro desgarrado.

El alcalde tropezó en el camino y casi embistió de cabeza a su mujer.

Pero pudieron darse un abrazo.

—¿Qué demonios pasó aquí, Tony Murray? —preguntó el marshall de Flower City

—Ahí tiene usted el motivo de la desaparición de la señora Maddox —dijo Tony señalando al buscador de oro, que seguía sin conocimiento—. La señora Maddox me acaba de contar su triste historia. Pero es tan dolorosa que no quiero repetirla…

—¡Me secuestró…! —gritó Jessie—. Me obligó a acompañarlo por la fuerza… Por fortuna, no llegó a pasar nada, Jimmy… Yo me resistí y me resistí. He luchado con él a brazo partido…

—¡Viva la heroína! —exclamó el ayudante Matt.

—Estúpido, cierra la boca —le ordenó su jefe.

El alcalde Maddox gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¡Marshall…! ¡Ahorque inmediatamente a ese hombre…!

—Perdone, alcalde —intervino Tony—. Pero usted sabe que eso no se puede hacer sin un juicio previo, ¿no es verdad, marshall…?

—Sí, así lo dice la ley.

—Alcalde, eso no le conviene —dijo Tony—. Su nombre y el de su esposa serían la comidilla de Flower City… Jessie, quiero decir la señora Maddox, le acaba de informar que no pasó nada. Y si no pasó nada, ¿por qué remover el asunto…? Yo le he dado una buena lección a Lowery y apuesto a que no le quedan más ganas de

secuestrar a nadie.

En aquel momento, de una forma muy inconveniente, Lowery despertó gritando medio inconsciente.

—Te quiero, Jessie… Te adoro, Jessie…

Tony se llegó a su lado y le soltó un tremendo puñetazo.

—Oh, Jessie… —dijo Lowery—. Esto es lo que más me gusta de ti… Tus caricias.

Pero como lo dijo en voz tan débil, sólo lo pudo oír Tony.

—Bien hecho, señor Murray —dijo el alcalde.

—Demonios —exclamó Matt—. Lowery tiene la cara convertida en un mapa. Apuesto a que ya no puede enamorar a ninguna mujer…

—Cariño, arréglate el hombro… —dijo el alcalde.

La joven hizo un mohín de contrariedad porque se daba cuenta de que aquel hombro, el desgarrado, estaba alcanzando un éxito entre todo el elemento masculino, pero se puso a la altura de las circunstancias y se cubrió el trozo de carne morena.

—Vámonos a casa, Jessie… —dijo Maddox.

—Un momento, señor alcalde —intervino Tony—. Creo que, según la ley, tengo derecho a una indemnización. ¿No es así, marshall?

El marshall se rascó el cogote.

—Bueno… Tal como están las cosas, usted hubiese sido ahorcado irremisiblemente y confieso que lo íbamos a hacer de una forma algo injusta…

Murray carraspeó.

—Alcalde, se me han ocasionado muy graves perjuicios… Yo tengo un nombre que es muy respetado…

—Me hago cargo, señor Murray y estoy dispuesto a indemnizarle… ¿Le parecen bien cincuenta dólares…?

—Serían mejor cien.

—El caso es que yo sólo traigo sesenta.

—Le dejo la indemnización en sesenta.

El alcalde, muy satisfecho, sacó la cartera de la que extrajo un fajo de billetes.

—Aquí tiene su dinero, señor Murray, y le ruego que acepte mis disculpas.

Jessie puso una mano en el brazo de Tony.

—Señor Murray, ¿por qué no vuelve a Flower City a pasar una temporada con nosotros…? Estoy segura de que mi esposo está dispuesto a invitarlo… Formaría parte de la indemnización.

Tony se mojó los labios con la lengua porque era difícil resistirse a las excepcionales cualidades de persuasión de la hermosa Jessie.

—Lo siento, señora Maddox, pero el caso es que tengo pendiente un negocio en un lugar a doscientas millas de aquí y ya me demoré demasiado por culpa de la soga.

El marshall dio un paso hacia Tony.

—Eh, Tony, un momento… ¿Dónde está su abuela…?

—Después de sacarme del apuro se marchó con los otros nietos.

—¿Qué otros nietos…? Ella dijo que sólo lo tenía a usted.

—Seguramente es que le dio un poco de vergüenza. Mi primo Ralph es también nieto de la abuela y está cumpliendo una condena en la prisión de Kansas. Se fue allá de prisa y corriendo para llevarle el pan con la lima.

En aquel momento salió un estornudo de debajo de la cama.

—Eh, ¿qué es eso? —dijo el marshall.

—¿A qué se refiere? —preguntó Tony con su aire más ingenuo.

—Hay alguien debajo de la cama.

—No sea bromista, marshall.

—Lo vamos a saber en seguida.

El marshall se tiró de rodillas en el suelo.

—Salga de ahí o disparo —gritó.

—No dispare —se oyó la voz de Nick Dukes.

Tony se pasó una mano por la cara.

Estaba visto que siempre surgían complicaciones.

Nick Dukes apareció gateando.

—¡Infiernos! —exclamó el ayudante Matt—. Las hay que los tienen a pares.

—Eh, ¿qué hacía usted ahí debajo? —gritó el marshall.

Nick se puso en pie con las manos en la cabeza para evitar que alguien le enviase una bala.

—Verá, autoridad… Yo pasaba por ahí…

—¿Por dónde? —dijo el marshall hecho un lío.

El ayudante se inclinó sobre él y le dijo:

—Se refiere a que pasaba por debajo de la cama.

—Imbécil, no necesito que me aclares cosas que son evidentes.

—Pues sería mejor que aceptase la explicación de este buen hombre porque yo lo veo todo muy negro.

—Nada de negruras —intervino Tony—. Éste es mi amigo Nick Dukes. Vino conmigo a esta habitación para salvar a la alcaldesa. ¿No es verdad, señora Maddox…?

La alcaldesa, que también estaba un poco desconcertada, se apresuró a sacudir la cabeza en sentido afirmativo y dijo a su barrigudo y feo esposo:

—Sí, Jimmy, este buen hombre colaboró con Tony Murray para tender una trampa a ese sinvergüenza de King Lowery. Estaba ahí por si Tony Murray necesitaba ayuda…

—Todo ha quedado aclarado, caballeros —dijo el alcalde Maddox.

El ayudante dio un suspiro.

—Menos mal que hay maridos comprensivos.

El marshall le golpeó en el pecho con el dedo índice.

—Matt, te he dicho ya muchas veces que no quiero oírte.

—Sí, jefe, a la orden…

Los señores Maddox ya habían salido de la habitación y ahora lo hicieron el resto de los ciudadanos de Flower City.

Nick miró los billetes que Tony tenía en la mano.

—¡Hurra…! Ya somos otra vez ricos…

—Me costó trabajo.

—Tú eres un tipo empleando el cerebro… ¡Tony, el asado…! Por lo que más quieras… —Se tocó el estómago—. Ya no lo puedo resistir…

—Trato hecho, muchacho.

Los dos se encaminaron hacia la puerta, pero se detuvieron al oír que King Lowery decía entre sueños:

—Jessie, así me gusta que me trates… con dulzura…

CAPÍTULO IV

Estaban comiendo el asado en el restaurante.

Nick Dukes disfrutaba en grande.

—Eh, Tony, ¿puedo pedir otra ración?

—¿Es que piensas comerte la res entera?

—Que me la traigan —rió Nick.

Tony pidió a un camarero calvo otra doble ración de asado.

En aquel momento entró en el restaurante un rubio y una pelirroja.

—Dios mío, qué mujer —exclamó Tony Murray.

Tenía motivos para decir aquello porque la pelirroja era un prodigio de la naturaleza. Esbelta, de rostro bellísimo, ojos muy grandes, de un color verdoso, cintura estrecha, anchas caderas, y un busto muy desarrollado, pero en proporción con su alzada.

El rubio era muy elegante y distinguido.

Nick Dukes dijo:

—Eh, Tony, ¿por qué no trabajamos en la vida para llegar a donde llegó ese tipo? Se le ve importante…

—Hasta ahora sólo pude fijarme en la pelirroja. Ésa sí que es importante.

—Pero ella no está contigo, sino con él. ¿Y por qué…? Yo te lo diré… Porque él supo aprovechar cada hora de su vida… Seguro que tiene algún negocio en marcha. Y fíjate en nosotros. ¿Qué somos…? Dos miserables microbios…

—¿Adonde quieres ir a parar, reverendo?

—Está claro como el agua. Debemos sentar la cabeza.

—Sólo se vive una vez, Nick —dijo Tony.

—Por eso mismo. Debemos procurar ser como ese rubio. Se le nota que lo tiene todo. Fíjate en su cara… Apuesto a que van a

pedir los platos más caros. Y cuando vaya a pagar, se sacará un billete de a cien… Mira como el camarero dobla el espinazo. Un poco más y se parte por la mitad…

—Ella no se puede partir porque se apretó bien el corsé. Mira como se quita el guante…

—Míralo a él, infiernos, y observa su aire de suficiencia…

—Tiene un tobillo muy fino. Apuesto a que sus piernas son maravillosas…

—¿Y por qué las tiene él? Por su personalidad, Tony, y por su dinero…

Pronto pudieron ver que, efectivamente, el rubio y la pelirroja habían pedido lo mejor. Una langosta.

—Dios mío —exclamó Nick—. Ese bicho debe valer lo menos veinte dólares. Las traen de Matagorda… Dicen que es un bocado exquisito. ¿Cuándo diablos podremos comer nosotros de eso?

El camarero le puso delante el asado, pero ahora Nick miró la carne con tristeza.

—Nick —dijo Tony—, recuerda que nos hemos de morir.

—¡Pero, infiernos, yo quisiera llegar a ser algún día como ese rubio…!

La pelirroja y el rubio despacharon otro plato de los caros. Y, finalmente, un postre a base de fresas con nata, rebozadas con un licor francés de color amarillo.

Luego, el rubio pidió un habano de a dólar.

Tony y Nick ya habían tomado el café y estaban fumando cigarrillos.

En eso, el rubio se levantó y caminó directamente hacia la mesa donde se encontraban Tony Murray y Nick Dukes.

—¿Me puedo sentar, amigos?

Tony y Nick quedaron sorprendidos.

—Claro que sí —dijo Tony, que fue el primero en reaccionar.

El rubio se sentó con una sonrisa en los labios.

—Verán, caballeros, me encuentro en un apuro…

—Ya sé lo que es —dijo Nick—. Usted es casado. De un momento a otro va a llegar su esposa y quiere quitarse del medio a la pelirroja…

—No, no es eso, por la sencilla razón de que yo no soy casado.

—¿De qué se trata?

—No tengo dinero para pagar lo que he consumido con la pelirroja.

Nick Dukes pegó un salto en la silla.

—¿Qué es lo que dice…? Ah, ya entiendo. Se olvidó la cartera en casa.

—Seguro, encima del piano —puntualizó Tony Murray.

—No, caballeros, tampoco se me ha olvidado la cartera. Se trata sencillamente de que no tengo un centavo… No quisiera dar un escándalo. De modo que, ¿quiere ir uno de ustedes a la comisaría y avisar al marshall de esta localidad…? Prefiero que intervenga él y que me lleve a la cárcel… Ya saben, a veces los camareros se sienten decepcionados con respecto a uno y, quieren obrar por su cuenta —el rubio acompañó las últimas palabras con un suave toque en el mentón.

Nick Dukes estaba con la boca abierta.

—Oiga, me la ha pegado.

—¿Cómo…?

—Yo creí que era usted un tipo poderoso, un terrateniente, un ranchero…

Tony Murray sonrió.

—¿Cuál es su nombre?

—Steve Dalton.

—Verá, señor Dalton. Durante toda su comida, mi amigo Nick Dukes me ha estado dando la lata. No ha dejado de ponerlo a usted como modelo de lo que nosotros debiéramos ser.

Steve Dalton movió la cabeza.

—Me ha hecho un gran honor, señor Dukes.

—De nada —contestó Nick Dukes con tristeza—. Esto me servirá de lección. Y también prueba lo que me decía mi abuelo constantemente.

—¿Qué le decía?

—Que no somos nadie.

El rubio sonrió.

—Bueno, caballeros, no hay que preocuparse Me condenarán a dos o tres días de cárcel y luego, me dejarán libre.

—Oiga, rubio —dijo Tony—. ¿Es que va por el mundo sólo con la cara?

Steve Dalton soltó una risita.

—Comprendo que piensen eso de mí, y no se lo puedo recriminar. Pero, caballeros, quiero que sepan que soy un hombre castigado por la dura mano del destino.

—¿Se dedica a letrista de canciones?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Por su forma de hablar. Sólo falta que le ponga música a lo que dice.

Dalton rió.

—Es usted un hombre divertido, señor…

—Murray, Tony Murray…

—Verán, caballeros, quise decir que las circunstancias por las que atravieso ahora, me han sido impuestas por un hombre sin conciencia. Aquí donde me ven, yo era un hombre acaudalado… Sí, señor Murray, yo era un poderoso ranchero…

—No me diga que se lo gastó todo con las mujeres.

—No, señor Murray. Sólo le diré que quizá ellas han cooperado algo a que un miserable lleve a cabo sus arteras maniobras para dejarme sin un centavo. Sepan de una vez que yo era el dueño del rancho La Esperanza, ubicado a unas cien millas de aquí. Lo heredé de mi padre, siendo yo muy niño. Antes me había quedado sin madre…

Tony Murray dejó oír su voz:

—Ya veo en escena a un miserable administrador.

—No, señor Murray, no fue mi administrador sino mi capataz. Wallace Weiner. Él fue quien llevó las riendas de mi rancho mientras yo me hacía un hombre… Y el resultado ya lo ven…

—Que al hacerse un hombre, él se ha quedado con el rancho.

—Así es.

—¿Y cómo lo hizo?

—Como se hacen estas cosas. Aparentemente todo fue mal. Yo me endeudé. Tuve que pedir dinero prestado… Primero la hipoteca era pequeña, luego se hizo gorda y creció y creció. Justamente, coincidiendo con mi mayoría de edad, hecho que ocurrió hace dos meses, el capataz hizo saltar la tapadera de la olla… Yo debía de pagar veintitrés mil dólares de una hipoteca. ¿Y saben cuánto dinero tenía en efectivo? Siete dólares con cincuenta centavos.

—Oiga, usted no siempre fue niño —repuso Tony—. ¿Por qué cuando tuvo diecisiete o dieciocho años no se ocupó del rancho? A

esa edad ya debía de imaginar lo que pasaba.

—Sí, lo imaginé, señor Murray. Pero no quise prestar atención a mi voz interior porque, en esa edad, descubrí que en nuestro mundo existían unos seres maravillosamente dotados para hacer feliz a un hombre.

—Las mujeres —dijo Nick con voz lúgubre.

Los ojos del rubio brillaron con más intensidad.

—¿Han visto ustedes algo mejor hecho?

—No, señor Dalton —contestó Murray—. En eso estamos de acuerdo.

Nick cabeceó.

—Las muy condenadas lo reúnen todo para llevar a un hombre a la perdición…

Steve Dalton dio un suspiro.

—En fin, caballeros. Al no tener dinero, no tuve más remedio que permitir la ejecución de la hipoteca.

—Y claro, el prestamista resultó ser un amigo de Wallace Weiner, su capataz.

—Sí, así fue.

—Qué sucia confabulación —opinó Nick.

—¿Y cómo se las ha arreglado en estos dos meses, señor Dalton? —preguntó Murray.

—Mi capataz me dio quinientos dólares para que no me muriese de hambre… Ah, y también me dejó como muestra un trozo de tierra.

—¿Dónde?

—Al oeste del rancho.

—¿Se puede criar algo allí?

Dalton sonrió ahora con tristeza.

—No, señor Murray. Es un páramo en donde no puede crecer nada. Cerca hay una zona pantanosa, anti saludable, y millones de mosquitos han elegido aquel lugar como residencia fija…

—En fin, que su capataz tuvo una humorada —dijo Tony.

—Ya conocen mi triste historia, señores. Ahora, ¿quiere llegarse alguno de ustedes a la comisaría a por el marshall?

El rubio se levantó y Nick Dukes también lo hizo.

—Yo mismo iré, señor Dalton, y le doy mi más sentido pésame.

—Si le parece, mi amigo y yo cuidaremos de su pelirroja

mientras usted está entre rejas.

—Les quedaré muy reconocido.

Nick miró a la pelirroja, la cual seguía atiborrándose de fresas con nata.

—Pero dígale a ella una cosa, señor Dalton. Que se despida de la langosta y de todo lo demás… Nosotros somos muy patriotas y sólo comemos asado.

—No se preocupen. Ella ha comido cosas peores —contestó Dalton arrugando la nariz.

Nick fue a apartarse de la mesa y Tony dijo:

—Espera un momento.

Luego Tony miró al rubio.

—¿Qué estaría dispuesto a pagar por recuperar su rancho?

Las palabras de Tony cayeron sobre el mantel como plomo derretido.

El primero en reaccionar fue Nick.

—Oh, no, Tony… Aparta de tu cabeza lo que estás pensando.

—Calla, Nick. Esto es un negocio.

—¡Y un cuerno es un negocio! ¿Es que no oíste al señor Dalton…? Todo fue legal. Su capataz le birló el rancho, pero se aseguró de hacerlo bien. No puedes devolverle nada al señor Dalton.

El rubio cabeceó tristemente.

—Desgraciadamente, opino como su amigo, Tony. No hay nada que hacer.

—Suponga por un momento que yo consigo ajustarle las cuentas a su capataz. Quiero decir que él le devuelve el rancho o su valor en billetes. Repetiré mi pregunta: ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar?

—Es un bello sueño.

—Pues siga soñando y dé un precio por nuestro trabajo.

—Diez mil dólares.

—Pero usted dice que no tiene efectivo.

—Podría vender unas cuantas reses y sacar ese dinero.

—Trato hecho, señor Dalton.

Nick dio un grito.

—Eh, Tony, ¿qué es lo que tratas de hacer…? No puedes prometer a Dalton que tú y yo nos llegaremos a su rancho y nos liaremos a tiros con su capataz y todos sus hombres.

—No, no es nada de eso. Y hasta es posible que no haya necesidad de disparar una bola bala… Tengo un plan, ¿sabes…?

El rubio dijo:

—Perdóneme, pero he de ir ahora con la pelirroja. La dejaré en el hotel y volveré con ustedes para oír ese plan.

—De acuerdo —dijo Tony.

Steve Dalton carraspeó.

—Ya que vamos a ser socios en el negocio, ¿le importaría cobrar 10 025 dólares en vez de los 10 000…? Ya sabe, esa pelirroja es una gran comedora.

Tony sacó su dinero del bolsillo y entregó a Steve veinticinco dólares.

Nick presenció aquel acto con gran dolor de su corazón.

Steve se marchó a la mesa de la pelirroja.

Entonces, Nick dijo:

—¿Qué clase de mala suerte es la nuestra…?

—Yo diría que estamos en la buena. Vamos a hacer un negocio de 10 000 dólares.

—Baja de la nube, Tony. ¿Crees que ese capataz que ha probado ser un pulpo de veinte brazos te va a estar esperando para que tú le devuelvas el rancho a Steve Dalton…?

—No, Nick, ya sé que no lo devolverá por las buenas… —Tony hizo una pausa y agregó con solemnidad—. Por eso tendrá que devolverlo por las malas.

—Soy yo ahora quien me veo con la soga en el cuello… ¿Es que no sabes cómo las gastan los tipos de esta comarca…? Por cualquier cosa ya te están amenazando con la corbata de cáñamo…

—Tendré que recordarte lo que decías antes de que se nos aproximase el rubio. Le tenías envidia. Decías que él era un hombre importante y que nosotros debíamos procurar llegar a ser como él. Muy bien Nick. Yo me he preocupado de que, efectivamente, dentro de algún tiempo lleguemos a ser unos hombres importantes.

—¡Dios mío! —exclamó Nick—. ¿Cuándo aprenderé a tener la boca cerrada…?

CAPÍTULO V

Esther Morey era dueña de un almacén en Copperfield. Lo había heredado de su abuelo, el cual la había recogido cuando se quedó huérfana de padre y madre a los siete años.

Esther había sabido aprovechar muy bien su tiempo. El almacén era uno de los mejores negocios de Copperfield.

Todo el mundo quería ser cliente de ella, pero, en honor a la verdad, eso no sólo se debía a las condiciones de Esther como comerciante.

Se debía a su físico.

Esther era una monada de criatura.

Muy morena, con unos ojazos negros como el carbón y un cuerpo donde se reunían todas las armonías, desde cualquier punto que se la mirase. Cosa que, por otra parte, hacían con mucho gusto los ciudadanos de Copperfield.

Ahora Esther estaba poniendo en orden los impermeables que le habían llegado recientemente de Austin. Colgaban de una larga barra y cada impermeable estaba metido en una percha.

De pronto, por entre los impermeables salieron unas manos que atraparon a la joven por la cintura.

Esther gritó sobresaltada.

Y dio otros gritos cuando unos labios quisieron besarla.

—Señor Weiner, ¿cómo se atreve…?

—Oh, perdón, creí que habían enviado un impermeable con alguien dentro.

—No se haga el gracioso y suélteme. Tiene sus manos en mi cintura.

—¿Cuándo vas a dejar que te la mida?

—Tírese al río.

—Por ti, yo sería capaz de tirarme al mar.
—En ese caso no olvide ponerse una piedra al cuello.
Wallace Weiner soltó una carcajada.
—Eres una delicia, Esther Sí, te juro que te prefiero al más rico bombón.
—Señor Weiner, soy una comerciante, y si no viene a comprar, celebro mucho haberle visto.
—Vine a comprar.
—¿Qué cosa…?
—Un beso de tu boca.
—Le voy a decir algo, señor Weiner. Es usted más cursi que un repollo.
Wallace Weiner, el nuevo dueño del rancho La Esperanza, rió otra vez de buena gana.
—Es lo que me enloquece de ti, tu impulso, tu nervio, tu fiereza, tu salvajismo…
—¿Ya ha parado…?
—Podía seguir toda una noche, a condición de que me permitieses hablarte al oído.
—No lo consentiría por nada del mundo porque me llenaría de baba. ¿Cuándo va a corregir su defecto, señor Weiner…? Tiene los dientes de delante demasiado separados y se le escapa la saliva. Para hablar con usted se necesita un paraguas…
—¿Por qué me insultas cada vez que me ves?
—Por sus maneras, señor Weiner. Usted tiene la culpa. Hábleme como una señorita y no lo haga como si yo fuese una girl. Si tiene ganas de una, lárguese al saloon más cercano.
—Esther, ésa no es forma de hablar a un hombre tan rico como yo…
—Yo le hablo a todo el mundo igual.
—Sí, ya sé que ése es uno de tus defectos. Le hablas igual a un poderoso ranchero que al viejo Jerry Kraft, que limpia los establos de la ciudad.
—Por si le sirve de algo, Jerry me es muy simpático, lo cual no puedo decir lo mismo de usted. Y ahora, basta ya de cháchara y dígame lo que vino a comprar.
—Me llevaré un impermeable.
—¿De qué talla…?

—Me da lo mismo. Sólo vine a comprarlo por estar un rato contigo…

Esther atrapó un impermeable de la percha y se fue hacia el mostrador.

Wallace Weiner la siguió.

—Quiero decirte algo, Esther. Mañana se celebra el baile anual en el Club Ganadero. He pensado llevarte como pareja.

—Pues tendrá que elegir a otra mujer.

—¿Ya te comprometiste?

—No, pero no quiero ir con usted.

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—No quiero que me vean con malas compañías… ¿Qué más le pongo, señor Weiner…?

—Otro impermeable.

—Ya se lleva uno.

—Ponlo.

—Usted es el que manda…

—Eso, es lo que me gustaría, mandar en ti.

—Me refería a mi negocio. Usted es el cliente.

—Yo me refería a tu persona…

—Olvídeme, señor Weiner.

—Eso es lo malo, que no te puedo olvidar… Esta noche soñé contigo.

—Por favor, señor Weiner, no me vaya a contar el sueño…

—Fue muy hermoso.

—A pesar de eso, no quiero oírlo.

Esther fue por otro impermeable que puso con el primero.

—Esther, quiero que seas mi pareja en el baile.

—Tiene muchas girls para elegir.

—No quiero una girl, sino a ti —dijo él y la tomó por el brazo, haciéndola girar bruscamente.

Ella levantó la barbilla.

—Señor Weiner, usted no es mi tipo…

—¿Cuál es tu tipo…?

—Todavía no lo conozco.

—Entonces, te voy a decir una cosa. El día que sepas cuál es tu tipo, lo envío al cementerio.

—Pero ¿qué clase de bruto es usted…?

—Sólo soy un hombre que se muere por tenerte a su lado.

—Pues muérase porque no me tendrá a su lado nunca.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué le pongo ahora?

—Otro impermeable.

—Aproveche la ocasión y compre alguno para usted.

—No es mala idea.

—Ande, pruébeselo.

—Ven y pruébamelo tú…

—Se lo va a probar su tía.

Weiner se marchó hacia el fondo riendo.

En aquel momento entró en el local Tony Murray.

Vio a la joven en el almacén, y la examinó de pies a cabeza.

Ella también lo estaba mirando a él.

Tony Murray frisaba en los treinta años de edad y era alto, recio, de cabellos y ojos negros, rasgos faciales firmemente trazados, varoniles.

Se cubría con un traje oscuro, sombrero «Stetson» y llevaba el revólver a la derecha.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Esther rompiendo el examen recíproco a que ambos se sometían.

—Quiero un colchón.

—¿Cómo…?

—Un colchón… ¿O me va a decir que no tiene?

La joven parpadeó.

—Oh, sí, tenemos… ¿Para cuántos?

—No soy casado, señorita.

Las mejillas de la joven se encendieron.

—Individual —dijo por decir algo.

—Sí, acostumbro a dormir solo. El perro lo hace en el patio.

—¿Quiere seguirme hasta el colchón…? Quiero decir, hasta el lugar donde están los colchones…

La joven estaba hecha un lío y se preguntó por qué. Bueno, la verdad es que cualquiera se podía equivocar.

No existía otra razón. Un desconocido no la podía impresionar tan fácilmente Fueron hacia el fondo del local, dejando los impermeables a la izquierda. Allí, junto a la pared había apilados media docena de colchones, a rayas, a cuadros…

—Puede elegir el que guste, señor.

—No me basta con la vista, me gustaría probarlo.

—Muy bien. ¿Cuál quiere que le saque…?

—Ése a cuadros que parece una manta.

—De acuerdo.

La joven fue a sacarlo, pero estaba en tercer lugar.

—Le echaré una mano —dijo él.

Fue al lado de Esther y, entre los dos, dieron un tirón y lo pusieron en el suelo.

Entonces, él dijo:

—Ya puede acostarse, señorita…

—¿Qué…?

—Oh, disculpe, soy yo el que lo tiene que probar.

—Eso creía —repuso ella con un gesto de altivez.

En aquel momento apareció por la derecha un hombre envuelto en un impermeable.

—¿Qué te parezco, Esther…?

Tony volvió la cabeza y vio a un hombre que se cubría con un impermeable que le venía tres números grande.

—¿Dónde es el baile de disfraces, señorita…?

Wallace Weiner arrugó el ceño.

—Eh, ¿qué es lo que dice…? ¿Quién le pidió opinión a usted…? —exclamó malhumorado.

La joven intervino rápidamente.

—Creo que le viene un poco holgado, señor Weiner.

Tony Murray observó con atención a aquel hombre. Por él había hecho el viaje hasta Copperfield. Era el capataz de Steve Dalton que, gracias a sus estratagemas, se había convertido en dueño del rancho que administraba.

—Me probaré otro… Eh, ¿qué van a hacer ustedes en ese colchón…?

—¿Qué cree usted, señor Weiner? —dijo Tony.

—No se lo pregunté a usted.

—No, pero me ha involucrado en su pregunta.

—¿Puedo saber quién es usted…?

—Tony Murray, de la American Petroleum Company… Y usted, ¿quién es…? Sólo sé que se llama Weiner.

—Wallace Weiner, del rancho La Esperanza. Y sepa de una vez

por todas que no me gusta que me falten al respeto.

—En eso somos iguales. Tampoco me gusta que me falten a mí.

Weiner entornó los ojos.

—Eh, ¿ha dicho American Petroleum Company…?

—Sí.

—¿Qué vino a hacer aquí…?

—Señor Weiner, el motivo de mi viaje es secreto y no puedo decirle nada.

—¿Quiere decir que en la comarca hay petróleo…?

—Disculpe, señor Weiner, pero ya le he dicho que no puedo darle información a ese respecto.

Weiner soltó un gruñido.

—Está bien —dijo—. Me probaré otro impermeable, Esther.

Se marchó de nuevo hacia el lugar donde estaban las prendas.

Al quedar a solas con Esther, Tony se tendió en el colchón.

—Me temo que me viene un poco pequeño, ¿no cree, señorita…?

—Sí, usted mide mucho.

—Un metro ochenta y tres… Imagínese, una vez tuve las fiebres en un pueblo. Me puse tan grave, que trataron de elegir mi ataúd, pero no encontraron de mi talla y se pusieron a hacerlo.

—Pues lo siento, pero se me acabaron los colchones de la talla que usted requiere. Tendrá que esperar a la remesa que llegará pronto.

—¿Cuándo? —preguntó Tony levantándose.

—Cuatro o cinco días.

—Sí, quizá para ese entonces esté todavía en Copperfield. Dependerá del éxito de mis operaciones —desvió la cara hacia los impermeables tras los que se encontraba Weiner—. Se trata de un negocio de varios millones, señorita. Y espero que necesite una semana para llevar a cabo mi operación en nombre de la American Petroleum Company.

Vio que se movían dos impermeables y volvió a mirar a Esther.

—Siento no poder hacer nada por usted —dijo Esther.

—Claro que puede…

—¿Necesita alguna otra cosa, además del colchón?

—Una caja de balas del 45.

Eso era lo que en realidad Tony había ido a buscar al almacén.

No tenía ni la menor idea de comprar un colchón. Pero le había gustado la chica y fue la única manera de prolongar su estancia junto a ella.

—Oh, sí, desde luego. Tengo muchas cajas de balas del 45.

—Celebro que tenga usted tantas cosas —repuso Tony paseando la mirada por la figura de la joven.

Se fueron hacia el mostrador.

Apareció de nuevo Weiner. Se había puesto otro impermeable que resultaba muy corto y estaba más ridículo que antes.

—¿Qué le parece ahora, Esther?

—Pero, señor Weiner, ha cogido usted una talla de un niño de doce años.

En realidad, Weiner no había prestado atención a la nueva prenda, porque su mente estaba inquieta preguntándose qué clase de negocio había llevado hasta Copperfield a un representante de la American Petroleum Company.

Weiner se miró ahora el impermeable y, abochornado, echó a correr detrás de las perchas.

La joven puso en el mostrador la caja de balas del 45 y dijo a Tony lo que tenía que pagar.

Murray le entregó los billetes y, al hacerlo, rozó con su mano la de la muchacha. La notó suave y tibia.

—Espero que nos volvamos a ver, señorita…

—Esther Morey. Ya sabe que lo espero para mostrarle el colchón.

—Oh, sí, desde luego. Celebro haberla conocido.

Tony hizo un saludo llevándose la mano al sombrero y salió.

La joven dio un suspiro mirando la puerta del almacén.

Weiner apareció sin ningún impermeable.

—¿Adonde dijo que iba el señor Murray, Esther…?

—No mencionó nada de eso.

Wallace Weiner apretó los maxilares.

Tenía que descubrir, costara lo que costase, los manejos de aquel tipo.

Nunca había podido imaginar que en la comarca de Coperfield hubiese petróleo, pero si lo había, él debía informarse inmediatamente.

—Hasta luego, Esther —dijo.

—¿No se lleva los impermeables…?

—Envíalos al rancho cuando llegue alguno de los muchachos —contestó Weiner mientras salía del almacén.

Esther se quedó pensando en aquel tipo que medía un metro ochenta y tres y que necesitaba un colchón especial para dormir.

Buscó el catálogo en un anaquel e, inconscientemente, se puso a examinar un colchón matrimonial, el modelo trece, que tenía por nombre comercial: «Suba al Séptimo Cielo con su Amada».

CAPÍTULO VI

Wallace Weiner entró como una exhalación en la oficina de Bienes Raíces de Cliff Whipple.

—¡Maldita sea, Whipple, te voy a romper las narices!

Cliff Whipple era un hombre pequeño, barrigudo, calvo, con ojos de búho.

—¿Qué le pasa, señor Weiner…?

—¿Por qué no me informaste de lo del petróleo…?

—No sé de qué me habla.

—Conque no, ¿eh…? Ya sé, es un secreto que te llevas con los de la American Petroleum Company.

—Señor Weiner, es como si me hablase en japonés…

—Yo te voy a ensenar el chino, bandido…

Weiner rodeó la mesa y atrapó al agente de Bienes Raíces por las solapas de la chaqueta.

—Cuidado, señor Weiner, todavía no pagué el traje…

—Lo que vas a pagar con más urgencia va a ser la caja de muertos en donde yo te voy a meter para que te pudras… ¿Crees que me la puedes pegar, Whipple…? Acabo de hablar con un tipo en el almacén de Esther. Se llama Tony Murray, es un agente de la American Petroleum Company… ¿Y sabes a lo que se llegó a la comarca…?

—¿Quizá a pasar una temporada de descanso…?

—Oye, siempre has sido un zorro, pero yo no consiento que se haga en Copperfield un negocio a mi espalda… ¿Lo entiendes bien…? Si yo no mojo en el asunto, lo arruino, y eso te lo puedo jurar sobre la Biblia y sobre tu calva.

—Señor Weiner, no se deje llevar por su furia… Le repito que yo no sé una palabra de lo que está diciendo.

—¿No conoces a Tony Murray?

—No, señor. Pero conozco a la American Petroleum Company. Sé que es una de las firmas más fuertes que operan en Texas.

—Pues entérate. Tony Murray es su representante y ha venido aquí a hacer un gran negocio.

—¿Cómo lo sabe…?

—Él mismo se lo dijo a Esther Morey mientras yo me encontraba en otro lado del almacén, probándome un impermeable de niño.

—¿Y para qué quería un impermeable de niño, señor Weiner…?

—Por la misma razón que Tony Murray se quería llevar un colchón de dos metros.

—¿Colchón, impermeable, petróleo…? Dios mío, qué lío me estoy haciendo… Señor Weiner, ¿se encuentra bien? —De pronto Whipple se echó a reír—. Ya entiendo…

—¿Qué es lo que entiendes…?

—Se ha corrido una juerga de buena mañana con una de esas girls que tanto le gustan.

—Pedazo de imbécil, ¿huelo yo a *whisky*…?

—No, señor. Ahora que lo dice, debo confesar que no huele a *whisky*…

—Escucha bien, Cliff Whipple, no quiero que se haga un negocio de petróleo en Copperfield sin que yo lo supervise. Ya sabes lo que ha pasado en otras comarcas donde vivían rancheros. Se aprovecharon de ellos y ahora están en la ruina… ¿Y por qué…? Porque los zorros del petróleo se llegaron allí y compraron el terreno por unos centavos. A mí no me pasará eso, ¿lo sabes…? Si alguien quiere comprar un terreno mío, tendrá que preparar buenos paquetes de a mil.

—Sí, señor Weiner. Hace bien en valorar su terreno por su justo valor.

—Para ello necesito tu colaboración.

—Cuente con ella, señor Weiner.

—Quiero saber qué tierras interesan a la American Petroleum Company.

—No se preocupe. Me informaré.

—No me falles, Whipple.

—Pondré toda la carne en el asador.

—Sí, es mejor que la pongas porque, si me fallas, yo te pondré

en mi asador particular, y te prometo que no te va a gustar nada.

Weiner soltó un empellón a Whipple dejándolo libre.

Inmediatamente abandonó el despacho del agente de Bienes Raíces, el cual, apenas se vio solo, sacó un pañuelo y se limpió el sudor que le cubría la cara.

* * *

—Ya está el anzuelo echado —dijo Tony Murray—. ¿Picó el pez? —inquirió Nick Dukes.

—Yo creo que sí. Vi un brillo de interés en los ojos de Wallace Weiner.

—¿Qué clase de tipo es…?

—Un puerco que quiere meter sus pezuñas en una mujer de mucha clase.

—La almacenista, ¿eh…?

—Sí. —Murray estaba tendido en la cama—. Una mujer de una vez.

Nick Dukes paseaba de un lado a otro de la habitación.

—No creo que resulte.

—¿Por qué no…?

—Un hombre no puede ser tan tonto.

—El mundo está lleno de primos y, sobre todo, de primos ambiciosos. Ésa es la carta que vamos a jugar. Podría titularse «La ambición de Wallace Weiner».

—Supón que te falla.

—No pienses en eso.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Tony.

El rubio Steve Dalton entró frotándose las manos y sonriente.

—Todo va de primera, Tony. Wallace Weiner acaba de hacer una visita al agente de Bienes Raíces Whipple. Ya sabéis, el que actuó de testaferro en el asunto de mi hipoteca.

Tony se levantó de la cama.

—Bien, muchachos. Hay que realizar la segunda parte de la operación…

* * *

Nick Dukes gimió mientras se palmeaba con furia las dos mejillas.

—Maldita sea, Steve se equivocó en la cuenta… Aquí no hay millones de mosquitos, son miles de millones.

Se encontraban en el páramo que Wallace Weiner, en un supuesto acto de benevolencia, había dejado a Steve Dalton, último resto de la propiedad de su rancho.

Era en verdad un lugar inhóspito. Por doquier crecían los juncos sobre un agua enfangada, verdosa, por donde de vez en cuando saltaban las ranas.

A su paso, los caballos levantaban verdaderas nubes de mosquitos que, enfurecidos, se lanzaban sobre ellos por turbar su paz.

—Bien, éste es el lugar indicado —dijo Tony—. Hay que ponerse a trabajar.

Cada uno llevaba una cantimplora en la grupa que contenía petróleo, el cual habían comprado en Loraine para evitar sospechas.

—Hemos de separarnos y derramar el petróleo en los lugares convenientes —dijo Tony—. Cada cantimplora debe dar para media docena de sitios… Busca lugares donde haya muchos juncos para que el petróleo permanezca el mayor tiempo posible.

—Hagámoslo cuanto antes para marcharnos de este infierno —asintió Nick—. Unos minutos más y los mosquitos sólo nos dejarán el esqueleto.

Wallace Weiner tenía sobre sus rodillas a una rubia.

Estaban en la oficina que el ranchero había montado en la ciudad.

—Querido, hace un rato estabas dormido y soñabas en voz alta…

La chica se llamaba Hilda Albert y era un poco tonta. Pero, los hombres se lo perdonaban porque era muy mona.

—¿Y qué dije, querida? —preguntó Wallace.

—Nombrabas a la almacenista. Y es lo que me pregunto, ¿qué tiene ella que no tenga yo…?

—Te lo diré, pequeña: ella no es una girl.

—Pero es una mujer.

—Sí, de eso no hay ninguna duda.

—Vosotros, los hombres, sois muy graciosos cuando juzgáis a las

mujeres. Despreciáis a fas girls y luego pescáis una por ahí a la que hacéis vuestra esposa, y os sale una pájara de cuidado.

—Esther Morey no es una pájara.

—Ya entiendo, no se deja besar por ti, como yo…

—La verdad es que la chica resulta un poco difícil.

—Eso sólo significa una cosa.

—Que es honrada.

—Vamos, hombre, no seas ingenuo. Sólo significa que no eres su tipo. Y te voy a agregar otra cosa. En cuanto aparezca el hombre de su vida, esa chica dejará de hacer hociquitos o los alargará más para que el muchacho de su corazón tenga más facilidades…

—No sé cómo me contengo al oírte… —dijo Wallace, pero ya estaba pensando en aquel representante de la American Petroleum Company.

Tenía la impresión de que el buen mozo había gustado a Esther.

—Si alguien apareciese por Copperfield capaz de rivalizar conmigo por Esther Morey, no tardaría ni una hora en irse al hoyo…

En aquel momento se abrió la puerta y entró precipitadamente Cliff Whipple.

Daba lástima verlo. Estaba sudoroso, las manos manchadas de negro, el pantalón sucio de barro.

—¡Ya lo tengo, señor Weiner!

—¿Qué es lo que tienes, Whipple?

—Él secreto de la American Petroleum Company.

—¿En qué consiste?

—Verá lo que hice, señor Weiner. Seguí al representante de esa sociedad, ya sabe a Tony Murray… Iba acompañado de otro tipo, su secretario. También conozco su nombre, Nick Dukes… ¿Y sabe dónde fueron?

—Deja de hacer preguntas y habla de corrido.

—A las tierras de Steve Dalton.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo…? ¿Qué tierras ni qué niño muerto…? Steve Dalton no es propietario de ningunas tierras en Copperfield.

—¿Es que ya lo ha olvidado, señor Weiner…? Usted le dejó un pedazo de tierra a Steve Dalton, el Páramo del Diablo…

Los ojos de Weiner empezaron a destellar más intensamente.

Entre sus dos cejas apareció una arruga. Algo empezaba a marchar mal en su mente.

—Sí, le dejé ese páramo como escarnio.

—Pues la hizo usted buena, señor Weiner. Metió usted la pata hasta el corvejón.

Weiner hizo rechinar los dientes.

—¡Cliff, te voy a convertir en una regadera…!

Diciendo esto, Weiner sacó su revólver y lo hizo con bastante rapidez teniendo en cuenta que la rubia continuaba sobre sus rodillas.

—¡No me mate, señor Weiner! —gritó el agente de Bienes Raíces —. Le falta saber lo más importante… En ese páramo, en esas aguas cenagosas, ¿sabe usted lo que hay…? ¡¡Petróleo…!!

Weiner dio tal brinco que la rubia dio una voltereta en el aire y se estrelló contra el suelo.

La cara de Wallace Weiner ya había perdido el color. Su dedo se arqueó en el gatillo de revólver con el que apuntaba a Cliff Whipple.

—Despídete de este mundo, Cliff.

—Pero ¿qué dice…? Usted me dio una orden… ¿Recuerda…? Yo debía informarme de las intenciones del representante de la American Petroleum Company… Fíjese cómo me he puesto por servirle… Ya sabe que, por allí, el terreno es muy llano y tuve que esperar a que esos dos hombres, Tony Murray y Nick Dukes, regresaran al pueblo para acercarme a aquel lugar donde se han dado cita todos los mosquitos del planeta… Me caí tres veces y me puse como usted me puede ver…

—¿Cómo sabes que hay petróleo…?

Cliff sacó un pañuelo.

—Huela.

Whipple acercó el pañuelo a la nariz de Wallace y éste olfateó como un perro de presa.

—Petróleo —dijo arrastrando las sílabas por entre los dientes.

—Ahora ya lo sabe todo, señor Weiner. La American Petroleum Company se dispone a comprar a Dalton el Páramo del Diablo, y para que vea que le he hecho un trabajo completo, le diré otra cosa. Steve Dalton se encuentra también en la ciudad. Llegó justamente hace una hora… Por cierto que le acompañaba una pelirroja que

está como un tren.

Weiner pareció hincharse como un globo y, de pronto, estalló en una serie de improperios, juramentos, maldiciones…

—¡No lo consentiré! ¡No lo voy a consentir…! ¡Esas tierras me pertenecen…!

—Lo siento, señor Weiner. Pero usted sabe bien que el Páramo del Diablo pertenece a Dalton.

El dueño del rancho La Esperanza, jadeó como si hubiese hecho una carera de tres millas llevando a sus espaldas el caballo.

—¡A pesar de todo, no lo voy a consentir! ¡Ese negocio sólo lo haré yo…! ¿Lo entiendes…? ¡Sólo yo!

CAPÍTULO VII

Steve Dalton dijo al camarero:

—Traiga una doble ración de fresas con nata, y llévese de paso los platos.

—Querido, todavía no terminé con el pollo —dijo la pelirroja.

—Helen, no quiero que comas tanto.

—Cariño, hasta ahora no he engordado.

—Claro, no comiste hasta que te encontré yo, y eso fue hace tres días…

—Pero llevaba dos meses a régimen. Recuerda la historia que te conté. Aquel canalla que me llevaba en su carro quería dejarme en los huesos. Por eso me fugué contigo en cuánto me guiñaste el ojo.

—Está bien. Vas a seguir comiendo, pero en cuanto engordes dos kilos más, te pongo a pan y agua.

—Como tú quieras, querido.

En aquel momento, Dalton vio venir hacia él a Wallace Weiner…

Detrás de él descubrió a dos pistoleros, pero ellos se quedaron de pie, junto a la pared.

El ahora dueño del rancho traía una sonrisa en los labios.

—Caramba, señor Dalton, qué sorpresa…

—Hola, cuervo…

—Señor Dalton, no debería decirme eso.

—¿Por qué no, serpiente de cascabel?

Weiner continuó esgrimiendo su sonrisa, aunque tenía que hacer un gran esfuerzo para no sacar el revólver.

—Sacrifiqué mi vida por usted, señor Dalton. Pero es lo que nos pasa a todos los que trabajamos duro, nunca podemos esperar que reconozcan nuestros méritos.

—Se equivoca, Wallace. Yo reconocí sus méritos y por eso me habría gustado darle una recompensa especial. Una tumba para usted solito.

—Celebro que continúe de tan buen humor.

—Usted ya me lo echó a perder.

—Veo que está en grata compañía —dijo Weiner echando una mirada a la pelirroja, la cual no había dejado de comer pollo.

—Helen, te presento al ladrón más grande de todo el Oeste.

—¿Cómo está usted, Jesse James? —dijo la pelirroja mientras se chupaba un dedo manchado de grasa.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda de Weiner.

—No soy Jesse James. Mi nombre es…

—No me lo diga. Billy el Niño. Ya me dijeron que le llamaban así, aunque ya es bastante mayorcito.

—Voy a cumplir los cincuenta.

—¡Pues se conserva usted muy bien, Billy!

—¡Tampoco soy Billy! ¡Mi nombre es Wallace Weiner!

—Sí, querida, es Wallace Weiner —puntualizó Dalton—, aunque sigue siendo el mayor ladrón de todo el Oeste.

Weiner hubiese querido agujerear la cabeza de Dalton, pero lo tendría que dejar para más adelante. Había ido allí en plan de negocios.

—Señor Dalton, quiero demostrarle que siempre me he comportado con usted correctamente.

—Eso sólo lo probará en el infierno. Pero estoy seguro de que Satanás no se lo va a perdonar.

—Muy gracioso chiste.

—Celebro que le guste.

Weiner acercó una silla y se sentó.

—No le he pedido que nos haga compañía, Weiner —rezongó Dalton—. De modo que haga el favor de marcharse…

—Espere a oírme.

—No me interesa nada lo que usted me pueda decir.

—Quiero comprarle el Páramo del Diablo.

—¿Qué…?

—Sabía que lo sorprendería. Es un terreno que no vale nada. —Weiner dijo aquello para tantear a Dalton.

—No, desde luego no vale nada, en eso estamos de acuerdo.

Weiner dio un suspiro de alivio.

—Sin embargo —dijo—. He pensado que ese terreno me servirá en un futuro próximo. Mis rebaños están aumentando de día en día.

—Qué casualidad, ¿eh? Cuando era usted mi capataz no hacían más que decrecer…

—Fue un caso de mala suerte.

—Sí, durante casi veinte años hubieron malos pastos y los pozos se secaron y ahora, de pronto, pasa usted a ser el dueño del rancho La Esperanza, y las cosas se arreglan.

—He estado tratando de encontrar una explicación, señor Dalton.

—¿Y lo ha conseguido…?

—Quizá se deba a que es usted un hombre con mala suerte.

—Sí, es posible.

—Pero ahora va a cambiar su mala suerte, señor Dalton. Le voy a comprar el Páramo del Diablo.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares. —Weiner acentuó su sonrisa—. ¿Lo ve usted, señor Dalton…? Con eso pruebo que yo no soy la mala persona que usted ha creído.

—La respuesta es no.

—¿Qué dice…?

—Que no lo vendo.

Weiner entornó los ojos.

—¿Quizá ha pensado en otra persona para venderle ese lugar inhóspito, lleno de mosquitos y de ranas…?

—Se olvida de mencionar algo de que también está lleno.

—¿A qué se refiere? —dijo Wallace sintiendo un escalofrío en la espalda.

—Al petróleo.

—No lo he oído bien.

—Claro que me ha oído bien. Ése es el motivo por el que usted ha venido aquí a comprar. Y para que no se canse, le diré que cierta persona a mi servicio vio a su hombre de confianza, Cliff Whipple, merodear por el Páramo del Diablo… ¿Quiere que le haga una confesión, señor Weiner…? Sabía que usted vendría por aquí.

—Diez mil…

—No se canse, no le voy a vender por todo el oro del mundo.

—No sea estúpido, Dalton… Le ofrezco un buen precio.

—La American Petroleum Company me ofrece mucho más.

—¿Cuánto…?

—Cincuenta mil dólares.

—No lo creo.

—Muy bien, lárguese, no necesito convencerlo.

—Olvida algo, Dalton.

—¿Qué cosa?

—El Páramo del Diablo formaba parte de las tierras del rancho. Yo se lo dejé a usted por lástima. Usted sabe muy bien que pude quedarme con él cuando se ejecutó la hipoteca.

—Pero no se lo quedó por humillarme Sí, señor Weiner, no ponga esa cara porque es la única verdad. Quiso que yo pasase por esa vergüenza delante de los habitantes de Copperfield. Yo había sido el dueño del rancho La Esperanza y usted el capataz… Luego, usted pasó a ser el propietario. Pero no me despojó de todo. Se le ocurrió la diabólica idea de respetarme ese páramo lleno de mosquitos y de ranas, como usted dice… También se refirió antes a que yo era un hombre de mala suerte, pero que iba a cambiar… Bien. Weiner, ya ha cambiado. ¿Siente ya nudos en las tripas al pensar que el Páramo del Diablo va a valer más que el rancho que usted me quitó…?

—No le consiento…

—¿Qué es lo que no va a consentir, señor Weiner…?

Wallace se levantó tan bruscamente que derribó la silla.

—Todavía no ha oído mi última palabra, Dalton.

—Se equivoca nuevamente, porque no pienso escucharle una sola más. Buenos días…

Weiner miró a la pelirroja que estaba royendo los huesos.

—Hasta la vista, señorita.

—Que usted lo pase bien, Billy el Niño… Oh, perdón, quise decir Jesse James… ¿O me dijo que era Búfalo Bill…?

Weiner dijo una cosa muy fea a la pelirroja y se marchó.

Dalton se echó a reír cuando vio salir a los pistoleros en pos de su airado jefe.

CAPÍTULO VIII

Tony Murray estaba tendido en la cama, fumando un cigarrillo, cuando la puerta se abrió dando paso a Nick.

—Eh, muchacho… Wallace Weiner viene hacia acá.

—¿Ya habló con Dalton…?

—Sí, se entrevistaron en el restaurante… Madre mía, cómo come esa pelirroja… Dalton me hizo una señal indicándome que todo había salido de maravilla. Pero yo todavía no las tengo conmigo.

En aquel momento llamaron a la puerta y el propio Nick abrió.

—Soy Wallace Weiner, dueño del rancho La Esperanza… ¿Se hospeda aquí Tony Murray…?

—Perdone, señor Weiner —contestó Nick—. Pero el señor Murray está ahora descansando y ha dicho que no se le moleste.

—Es importante…

—Muy bien, en ese caso venga dentro de un par de horas.

—¿Quién es usted…?

—Nick Dukes, su secretario.

—Entonces dígale a su jefe que quiero hablar con él sobre un asunto de petróleo. Bastará para que me reciba.

Tony Murray contestó desde la cama.

—¿Ha dicho petróleo…?

Wallace Weiner entró en la habitación sonriente.

Nick Dukes vio en el corredor a los dos pistoleros y cerró la puerta.

Tony no se molestó en levantarse de la cama. Hizo un saludo y desde allí dijo:

—¿Qué pasa, señor Weiner…? Puede hablar delante de Nick. No tengo secretos para él.

—Sé lo que se trae entre manos, Murray. Vino a Copperfield a

comprar los terrenos de Steve Dalton.

—¿Quién le ha dicho eso…?

—No importa quién me lo dijese…

—Muy bien, señor Weiner. Pero debo aclararle una cosa. No soy yo el que compra ese terreno, sino la poderosa firma que está a mis espaldas. —Tony hizo una pausa y agregó con mucho énfasis—. La American Petroleum Company.

Nick Dukes pegó un taconazo haciendo un saludo militar.

—Dios salve al señor presidente del consejo de administración —dijo.

—¿Por cuánto va a comprar la American Petroleum Company? —preguntó Wallace haciendo caso omiso de la interrupción de Nick.

—No es asunto suyo.

—Señor Murray, he venido aquí como hombre de negocios… Le aseguro que conmigo puede ganar mucho…

—No le entiendo.

—A mí sólo me interesa obtener beneficios de los asuntos en que me meto y comprendo que los demás también tienen que ganar. Por ejemplo, usted.

—Si intenta contratarme, no estoy libre, señor Weiner… Además, no creo que estuviese dispuesto a pagar el sueldo que me abona mi actual patrón.

—¿Cuánto gana, Murray…?

—¿Le ha dado a usted por el dinero?

—¿Tampoco puede decir eso?

—Está bien, gano quinientos al mes.

—Y supongo que tendrá un tanto por ciento sobre la compra de terrenos…

—Sí, un dos por ciento.

Weiner sonrió mientras daba unos pasos por la estancia, frente a la cama de Tony.

—Voy a suponer por un momento que su compañía va a comprar a Dalton su Páramo del Diablo por treinta y cinco mil dólares… ¿De acuerdo?

—Supongámoslo.

—Entonces su dos por ciento se reduciría a setecientos dólares…

—Sí, señor Weiner. Está bien de Aritmética. Sólo que se

equivocó en una cosa. Mi compañía no va a pagar treinta y cinco mil dólares por el Páramo del Diablo, sino cincuenta mil dólares.

—Muy bien, se lo acepto. Eso quiere decir que su comisión será de mil dólares…

—Correcto.

—Le voy a sugerir otra hipótesis, señor Murray… Suponga que usted informa a la American Petroleum Company que en los terrenos de Steve Dalton no hay petróleo.

—Yo no puedo hacer eso porque mentiría. Luego, se descubriría que hay petróleo y entonces habría muchas posibilidades de que me despidiesen.

—¿Y si dijese una mentira a medias?

—No le comprendo…

—Siempre hablando en hipótesis, usted podría decir que el rendimiento del petróleo del Páramo del Diablo, no aconseja una compra de esos terrenos… Es a lo que yo he llamado una mentira a medias…

—¿Y qué obtendría yo con eso?

—Es la mar de sencillo. Yo le compraría los terrenos a Steve Dalton…

—Podría vender a otra Compañía.

—No lo dejaré. Además, sé que Dalton está sin un centavo. No sé siquiera cómo pudo llegar hasta aquí… Tendría que aprovechar la oportunidad que yo le brindase… Naturalmente, usted también le tendría que decir a él que su tierra no da el petróleo necesario para aconsejar una explotación industrial.

—Comprendo sus manejos, pero hasta ahora no ha llegado el punto más importante.

—Diez mil dólares para usted si da ese doble informe a su Compañía y a Dalton.

—Señor Weiner, me está proponiendo una inmoralidad.

—Quince mil.

—Jamás.

—Veinte mil…

—Pero ¿qué clase de tipejo cree que soy…? ¿Cómo ha supuesto que yo podía engañar a mi jefe y al señor Dalton, que ya es mi amigo? Señor Weiner, lo que usted me propone es una infamia.

—Veinticinco mil…

—Trato hecho…

Wallace Weiner soltó una risotada.

—Siempre he dicho que todo hombre tiene su precio.

—Le impongo una condición, señor Weiner.

—¿Cuál?

—La operación ha de realizarse inmediatamente.

—No, señor Murray. He de esperar a que su Compañía renuncie. Es decir, a que le responda a su informe.

—¿Por quién me ha tomado, señor Weiner…? Si esperásemos a que la Compañía diese su respuesta negativa de acuerdo con mi informe, usted podía salirse de rositas y hacer el negocio sin mi intervención.

—Pero yo he de tener una garantía…

—Le ofreceré la mejor de todas.

—¿A qué se refiere?

—El poder que me dio la Compañía para comprar terrenos petrolíferos, teniendo en cuenta mi juicio técnico…

Tony sacó un papel de una cartera que alargó a Wallace Weiner.

Había sido escrito por Nick Dukes, aunque, él, Tony Murray, se lo dictó.

Al final del documento había una firma ilegible.

—Sí, es cierto —convino Weiner—. Pero ¿y si usted pretendiese dejarme en la estacada redactando un informe favorable?

—No sea absurdo. ¿Cómo iba a hacer yo tal cosa, después de cobrarle veinticinco mil dólares? Sé que es usted el amo y el que se la juega pone en peligro su pescuezo.

—Sí, Murray, de eso no debe tener ninguna duda.

—¿Entonces…?

Weiner titubeó unos instantes y, por fin, señaló la puerta.

—Ahí fuera tengo a mis dos guardaespaldas y cuento con algunos más. Espero que se comporte como ha dicho… Vayan dentro de una hora a mi oficina. Voy a sacar dinero del Banco para pagarle sus veinticinco mil. Pero antes me mostrará la carta que le va a enviar a su Compañía, dándole un informe negativo sobre la adquisición del Páramo del Diablo.

—Sí, señor Weiner.

—Hasta luego.

Wallace salió de la estancia y los dos amigos se miraron.

Nick parecía una estatua.

—Eres el tipo más grande del mundo, Tony… Dios mío, ¿cómo no se nos ocurrió antes poner en práctica una cosa como ésta?

—La razón es muy sencilla, Nick. En Copperfield le estamos ajustando las cuentas a un ladrón de siete suelas, Por nada del mundo haría esto para hacer daño a una persona que no se encontrase en las condiciones de ese sinvergüenza de Wallace Weiner.

CAPÍTULO IX

Tony Murray y Nick Dukes salieron de la oficina de Wallace Weiner.

El primero de ellos tenía en su bolsillo los veinticinco mil dólares que acababa de recibir.

Al salir de la oficina, Nick dijo:

—Ahora, a los caballos.

—No tan aprisa.

—Eh, ¿en qué estás pensando…? Hay que echar a correr.

—Nick, ¿es que todavía no te diste cuenta del plan completo?

—Yo sólo recuerdo las caras de los pistoleros de Weiner. Daba la impresión de que, de un momento a otro, iban a liarse a tiros con nosotros.

—No podían hacer eso. Supuestamente, estamos produciendo un beneficio a su patrón.

—Sí, pero cuando Weiner sepa que no ha obtenido ningún beneficio y que por el contrario, ha sido timado en un montón de dólares, el mundo va a ser demasiado pequeño para nosotros.

—Eso tardará tiempo en ocurrir.

—¿Como cuánto?

—El petróleo que arrojamos en el Páramo continuará allí durante muchos días o semanas. Sólo cuando traten de hacer una perforación en serio se darán cuenta de que por el tubo sólo salen mosquitos y agua cenagosa.

En aquel momento, Tony descubrió en la ventana del hotel a Steve Dalton.

Le hizo una señal para indicarle que todo había salido bien y que, por lo tanto, debía estar preparado porque la próxima visita de Weiner sería para él.

* * *

La pelirroja Helen estaba despachando una pera en dulce que había sacado de un tarro.

—Nena, ¿cuándo vas a dejar de darle a las mandíbulas? —dijo Steve Dalton.

—Me gusta mucho la fruta en almíbar. De pequeña me decía a mí misma que, cuando tuviese dinero, me compraría cincuenta o sesenta toneladas…

Llamaron a la puerta.

Dalton acudió a abrir.

Su visitante era Wallace Weiner.

Tras él, como siempre, estaban sus dos pistoleros.

—¿Qué quiere ahora, señor Weiner?

—Sólo vine a darle mi pésame.

—No tenía por qué haberse molestado…

—Siento mucho que su terreno petrolífero haya dejado de ser interesante para la American Petroleum Company. Me tropecé con Tony Murray y me dijo que habían desistido de la operación.

—Sí, es verdad… Y ahora, lárguese o ríase de mí lo que quiera. No quiero verle la cara. —Steve fue a cerrar.

Weiner se lo impidió alargando el brazo.

—Espere, Dalton.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—El Páramo del Diablo no le interesa a la American Petroleum Company, pero me interesa a mí.

—¿Para qué lo quiere?

—Quizá la explotación no sea interesante para una Compañía tan poderosa como la American, pero podría serlo para mí, especialmente si también encuentro petróleo en las tierras del rancho.

Dalton se pasó la lengua por los labios.

—Entiendo, quiere comprar por una ganga.

—Desde luego, no puedo darle mucho por el Páramo. Ya se lo dije, es usted un hombre de mala suerte.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

—Váyase al infierno.

—Se encuentra sin blanca. Yo lo sé. Ni siquiera pudo pagar el

hotel por adelantado. Tampoco está pagando en el restaurante por sus comidas…

—Está bien informado de todos mis pasos.

—No tengo más remedio que hacerlo. Es mi forma de actuar cuando estoy metido en un asunto que me interesa. Tampoco quiero prolongar esta conversación demasiado. Le ofrezco cinco mil dólares por el Páramo y no pienso ofrecerle un centavo más.

—Diez mil…

—No.

—Entonces, continuaré buscando un comprador. Sé que hay petróleo y eso es lo importante. Si no le interesa a la American, podrá interesarle a otra Compañía.

—Está bien, Dalton. Le daré los diez mil con la condición de que hagamos la operación en seguida.

—Usted lo dijo antes, Weiner. Estoy sin blanca. Es suyo el Páramo por diez mil.

—Vamos a mi oficina y resolveremos el asunto inmediatamente.

Steve volvió la cabeza hacia la pelirroja, que estaba sacando con un tenedor una fresa del tarro.

—Nena, voy a ultimar mi negocio con Weiner.

—Ah, sí. Perdone, no lo había visto. ¿Cómo está, Jesse James?

Weiner apretó los dientes.

—Oiga, Dalton, ¿de dónde sacó a esa estúpida?

—La encontré por el camino.

—La próxima vez que me llame Jesse James, le voy a hacer comer veinte tarros como el que tiene en la mano.

—Adiós, Jesse James —dijo Helen.

Weiner fue a entrar en el cuarto, pero Dalton le puso una mano en el hombro.

—No se lo tenga en cuenta. Le exigirá que le haga comer los veinte tarros de almíbar y me la va a poner como una vaca.

Ante aquello, Weiner renunció. Se fue con Steve a ultimar su negocio.

* * *

Esther Morey había estado enfadada durante todo el día.

Y cada vez lo estaba más.

El motivo era muy simple, el forastero llamado Tony Murray.

Pero ¿quién se había creído que era él para no volver a su tienda ni siquiera a comprar una lata de conservas?

El larguirucho herrero de la localidad, Tom Meredith, decía:

—Esther, quisiera que fueses mi pareja en la fiesta de esta noche.

—Lo siento, Tom, pero creo que no iré.

—¿Por qué?

—Porque me aburren esa clase de fiestas.

—Hablas como una vieja.

—Sólo tengo veinticinco años.

—Sin embargo, hablas como una vieja —repitió Tom—. Estás en la flor de la vida. ¿Por qué no te has de divertir como todas las demás jóvenes?

En aquel momento entró Tony Murray.

Tom Meredith, que estaba mirando a Esther, vio cómo su rostro se transfiguraba.

Entonces se volvió y, comprendiendo el motivo, dio un suspiro.

—Bueno, Esther, si ya estás comprometida con este señor para ir al baile, no hace falta que continúe aquí.

Ella pareció volver de su estado hipnótico.

—Yo no he dicho que esté comprometida con este forastero… Él no me ha pedido que vaya al baile con él. Estoy segura de no habérselo oído —hizo una pausa y, como Tony no dijese nada, agregó—: ¿Verdad que usted no me ha invitado al baile?

—No, no la he invitado.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza.

Aquel forastero era un estúpido. ¿De qué manera quería que ella se le insinuase si lo había hecho de una forma tan directa?

Al instante, se sintió avergonzada.

Aquello que acababa de hacer no lo había hecho jamás con ningún hombre.

—Quería invitarla ahora —oyó que decía Tony.

—¿Cómo?

—¿Me quiere hacer el honor de venir al baile conmigo, señorita Morey?

—De ninguna forma —dijo ella, porque sacó a relucir su espíritu de contradicción, cosa natural en toda mujer.

—Comprendo. Ya la invitaron.

—Sí, Tom Meredith. Y yo acepté.

El herrero se quedó con la boca abierta. Estaba en medio de los dos, y tan pronto miraba a uno como a otro.

—Enhorabuena, Tom —dijo Tony.

Meredith reaccionó dando un respingo.

—Oh, sí, muchas gracias… Es usted muy amable.

—Buenas tardes, señorita Morey —dijo Tony y salió del almacén.

La joven quedó asombrada.

—Dios mío, no vino a comprar nada, sólo a invitarme al baile —se volvió a quedar extasiada mirando el hueco de la puerta.

Tom Meredith se acercó a Esther y le pasó una mano por delante de los ojos.

—Eh, chica, despierta. ¿Qué te pasa?

—Vino por mí, ¿te das cuenta, Tom? Por mí…

—Muy bien. Hablaré con él y le diré que todo es mentira, que no habías aceptado mi invitación y que el puesto de tu pareja está vacante.

Meredith se dirigió hacia la puerta.

—Párate ahí, Tom…

—¿Qué pasa?

—No quiero que hables con él.

—¿Por qué no?

—Porque lo estropearías.

—Oye, nunca te vi interesada por ningún hombre… Sé perfectamente la clase de tipo que soy y, aunque tú me gustas hace tiempo, sé que no puedo esperar nada de ti. Pero entérate de una cosa, Esther Morey. Sólo me interesa tu felicidad, y si no la encuentras a mi lado, estoy dispuesto a hacer lo que sea porque la alcances…

Esther corrió al lado de Tom y lo besó en la mejilla.

—Tom, eres un santo.

—Eso es lo malo de los santos, que nunca enamoramos a las mujeres.

—No seas tonto, claro que enamorarás a una mujer, la que te haya sido destinada por el cielo.

CAPÍTULO X

Wallace Weiner acababa de ver salir a Steve Dalton, al que había entregado los diez mil dólares después de haber firmado los documentos de compraventa del Páramo del Diablo.

—Muchachos, os invito a un vaso de *whisky* —dijo—. Acabo de hacer el mayor negocio de mi vida.

La girl rubia se colgó a su cuello.

—Querido, ¿qué me vas a comprar?

—Un corsé francés…

—Tontín, ¿no podrías abrir un poco más el bolsillo y completarlo con unos pendientes de perlas?

—Está bien, pequeña, son tuyos…

—¡Pero qué rico es mi ranchero! —exclamó la girl y lo besó golosamente en los labios.

El hombre de confianza de Weiner, Danny Adams, ya había abierto una botella de *whisky* y escanciaba en los vasos.

Cuatro pistoleros que integraban la guardia personal de Weiner, se preparaban para aquella juerga.

—Eh, jefe —dijo Danny—. ¿Qué le parece, si Luke se llega al saloon Golden y se trae media docena de muchachas?

—Eso está hecho.

Sonaron vivas en honor del patrón.

Media hora más tarde, la oficina de Wallace Weiner era una sucursal de una orgía romana.

Weiner había iniciado un bonito juego. Trataba de buscar con la boca un alfiler que la rubia se había puesto en el cabello lindante con el cuello.

En aquel momento se abrió la puerta y el agente de Bienes Raíces, Cliff Whipple, entró como un ciclón.

—Eh, señor Weiner —dijo—. ¿Qué es lo que celebra?

Wallace señaló con un dedo y rompió a reír.

Sus compañeros y las mujeres también rieron.

—¿Lo oís, muchachos? El bueno de Whipple pregunta qué celebramos. Yo te lo diré, Cliff. Acabo de dar el mayor golpe de mi vida. Compré el Páramo del Diablo por treinta y cinco mil dólares.

Cliff Whipple se tambaleó como si le hubiesen dado un golpe entre los ojos.

—¿Eso hizo, señor Weiner?

—Sí, Cliff, y eso te demuestra que soy un hombre que sabe aprovechar todas sus oportunidades.

—Pues si las aprovecha todas como ésta, está listo… Se quedaría para pedir limosna.

—¿Qué dices, Cliff?

—Que me dan ganas de darle una moneda de veinticinco centavos.

Dos hombres se dirigieron hacia Whipple y éste chilló:

—¡Ordene que no me toquen, señor Weiner!

—No, muchachos, no lo toquéis. Voy a ser yo quien le apriete el pescuezo.

—Señor Weiner, no trato de burlarme de usted.

—¿No…? ¿Y qué es lo que querías decirme, entonces?

—Será mejor que lea el telegrama que acabo de recibir de Austin.

—No estoy para leer telegramas, estúpido. ¿No ves que estamos celebrando una fiesta?

—Me temo que la tendrá que interrumpir —repuso Cliff, alargándole el papel.

—No tengo ganas de leer, léelo tú mismo.

—Está bien, señor Weiner, como quiera.

Whipple hinchó los pulmones de aire y leyó en voz alta:

> «La American Petroleum Company no tiene entre sus empleados a nadie que se llame Tony Murray. *Stop*. No enviamos ningún representante a Copperfield. *Stop*. Toda esta comarca fue estudiada por nuestros ingenieros. *Stop*. Resultados nulos. *Stop*. Nuestro

servicio de investigación nos informa que un tal Tony Murray estuvo a punto de ser ahorcado en Flower City. *Stop*. Avise a su cliente porque indudablemente se trata de un fraude. *Stop*. Saludos».

Cuando Whipple hubo terminado de leer el contenido del telegrama en la oficina se hizo tal silencio que se oyó el vuelo de una mosca.

Pero, de pronto, la mosca recibió tal susto que se estrelló en la pared y cayó muerta.

Fue debido al rugido que soltó Weiner.

Dos girls, aterrorizadas, se echaron al suelo y buscaron la salida a gatas, porque estaban muertas de miedo.

La girl rubia que estaba un poco bebida, dijo:

—¿Lo veis? Está loco por mí.

Wallace le soltó un terrible derechazo.

La rubia voló desarticulada por el aire y fue a caer cerca de la mosca. También ella quedó quieta, aunque no estaba muerta.

Se produjo otro silencio que fue interrumpido por un tableteo. Eran las rótulas de Cliff Whipple, pero Danny Adams, que había sido jugador profesional, dijo:

—¿Quién demonios está moviendo unos dados?

Weiner empezó a andar hacia Cliff Whipple.

El agente, al ver la cara del ranchero, sólo tuvo una idea y pensó que con eso podría salvar su vida.

Se tiró de rodillas en el suelo.

—Yo no he leído nada… Palabra que no… No es ése el telegrama que he leído. Le cambio ahora mismo el texto… ¿Sabe lo que dice…? Que hizo usted un gran negocio. Que siga comprando terrenos llenos de petróleo…

—¡Cretino! Te voy a cortar a rebanadas…

—Señor Weiner, serénese un poco.

—Sólo me voy a serenar cuando te haya atrapado en la pared.

—¿Es así como va a pagar mis desvelos por usted? Se me ocurrió telegrafiar a un amigo que tengo en la American Petroleum Company… Se la pegaron, señor Weiner. Pero eso le ocurre a cualquiera. Recuerdo a un tío mío por parte de padre. También él se creía muy listo como usted y lo dejaron que hoy va por ahí sin

gorro y viviendo de la caridad pública.

Wallace alargó la mano y atrapó el pescuezo de Whipple.

—Señor Weiner. Ahora lo importante es que usted recupere lo que le han estafado y que castigue a los que le tomaron el pelo… Pero no me lo haga pagar a mí que soy un servidor de usted que besa su mano.

Así diciendo, Whipple tomó la otra mano a Weiner y empezó a darle besos.

Parecía un autómata porque tenía que doblar de una forma extraña la cabeza, debido a la presión que la otra mano de Wallace hacía en su cuello.

De pronto, el ranchero le soltó un empellón y Whipple retrocedió cayendo en el suelo sin otro daño mayor.

—Sí, Cliff, tienes razón… Son ellos quienes han querido jugármela. Ahora lo comprendo todo, Dalton y Murray se pusieron de acuerdo y, naturalmente, también está con ellos ese falso secretario Nick Dukes… ¡Danny…!

—A la orden, jefe.

—Entérate si continúan en la ciudad.

—Sí, señor. Ahora mismo.

—Tienes cinco minutos para volver.

—Voy como las balas.

Danny desapareció de la estancia.

La rubia girl volvió en sí.

—¿Qué pasó…? Dios mío, cómo me duele la cara… ¿Dónde estoy?

Weiner se fue hasta ella y la tomó por el cabello.

—Nena, ¿sabes quién soy?

—Claro que sí, tú eres Wallace y estamos en una juerga.

—Ahora estamos en un funeral.

—Pero ¿por quién?

—Por ti, si no te callas.

—No te preocupes, querido. No me oirás durante los próximos diez días.

—Que sea verdad —dijo Weiner.

Luego, se dirigió hacia la mesa y se preparó una doble ración de *whisky*.

Los hombres y las pocas mujeres que habían quedado allí,

guardaban silencio.

Al fin regresó Danny.

—Jefe, están aquí… Y, asómbrese. Los he visto la mar de tranquilos… Tony Murray y Nick Dukes están en el restaurante despachando una langosta cada uno.

—¿Y Steve Dalton?

—Lo vi por la acera llevando del brazo a su pelirroja. Los dos estaban en plena luna de miel. Ella llevaba un collar y unos pendientes nuevos.

Weiner hizo chascar los dedos.

—Está claro. Ellos no esperan que yo haya descubierto su fraude tan pronto. Creen que tardaré días, semanas en descubrir la superchería.

Danny dijo:

—Hay algo más, señor Weiner, y se refiere a Tony Murray.

—¿Qué cosa…?

—Tony Murray se ha quedado en Copperfield por Esther Morey.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasé junto a la mesa de Tony Murray, donde estaban comiendo los dos tipos vivos, y oí decir a ese Nick Dukes: «Eh, Tony, ya sé que la almacenista te pegó en el ojo, pero debes tener cuidado con Wallace Weiner. Ya sabes que a él también le gusta».

—¿Y qué respondió Tony Murray?

—Tony Murray respondió: «Tendré mucho gusto en quitársela».

—¿Eso dijo?

—Sí, jefe.

Los cuatro pistoleros dieron un paso adelante como sincronizados por un mismo, resorte mecánico.

—¿Se lo despachamos ya, señor Weiner? —preguntó el más alto.

CAPÍTULO XI

—Cielos —exclamó Nick Dukes—. Ahora comprendo por qué estos bichos gustan tanto y son tan caros… Son sabrosas las muy condenadas…

—Mi abuelo me decía algo en lo que tenía mucha razón.

—¿Qué cosa?

—Los ricos saben lo que se hacen.

—Sí, Tony. Creo que hay mucha filosofía en las palabras de tu abuelo.

—Aunque también hay excepciones —quiso puntualizar Tony—. Hay gente con dinero que no sabe gastarlo.

—Los tacaños.

En aquel momento, Tony vio avanzar hacia la mesa a dos hombres.

Los identificó.

Eran pistoleros al servicio de Wallace Weiner.

Uno de ellos tropezó con la silla de Nick Dukes y dio un traspié, pero no llegó a caer, aunque metió la mano en el plato de sopa que una mujer muy empingorotada se disponía a despachar.

—Estúpido —dijo la dama al hombre con la mano llena de sopa —. Mire lo que ha hecho.

—¿Se dirige a mí?

—¿A quién sino, cara de lechuza?

Tony tomó su servilleta de las piernas y la alargó al pistolero.

—Tome y límpiese, bocazas…

—¿Qué ha dicho usted?

—Tropezó porque usted quiso.

—¿Quiere dar a entender que este incidente es intencionado?

—No me cabe la menor duda.

Nick dio un respingo.

—Eh, Tony, ¿por qué crees que fue intencionado?

—Por la sencilla razón de que estos hombres trabajan para Weiner y vinieron aquí para comprometernos. ¿No es así, bocazas?

El aludido no había salido aún de su asombro.

Su compañero reaccionó antes.

—Sammy, arreglemos esto de una vez.

—Sí, arreglémoslo —asintió el llamado Sammy.

Tiraron del revólver al mismo tiempo.

Tony ya había alargado la pierna derecha para facilitar el saque y una fracción de segundo después, su revólver estaba haciendo diabluras.

Los dos asesinos recibieron mucho plomo en el cuerpo y salieron impulsados, haciendo extraños gestos.

La señora empingorotada que quería despachar un plato de sopa, estaba en su día de mala suerte. Una de las balas enviadas por Sammy explotó en el plato y se puso de fideos hasta el cuello. Sólo dos le cayeron en la boca y los sorbió con un chupeteo. Luego, se desmayó.

Nick también había sacado su revólver, pero lo volvió a meter en la funda al ver que su colaboración ya no era necesaria.

Los dos asesinos estaban tendidos en la alfombra arrojando mucha sangre por los agujeros.

Otros clientes del restaurante estaban de piedra porque todo se había iniciado y terminado en un espacio de tiempo inapreciable.

Un hombre entró en el restaurante a paso de carga.

—Llevaba un revólver en la mano, una estrella en el pecho y un gran bigote en el labio superior.

—¿Qué ha pasado aquí, maldita sea? —dijo al ver los dos cadáveres.

—Observe usted los tipos, marshall —dijo Tony—. Todavía tienen el revólver en la mano y también tiene testigos de que ha sido una legítima defensa como una casa.

El marshall de Copperfield se llamaba Buck Thompson. Estaba por los cincuenta años de edad y le gustaba la vida pacífica, la comida china y una rubia platino que había redimido en Abilene dos años antes y con la que, para evitar habladurías, estaba dispuesto a casarse, y que, hasta ahora había tenido en su casa

como ama de llaves.

—Aquí huele a podrido —dijo.

Nick señaló las cáscaras de la langosta que tenía en el plato.

—Le aseguro que el bicho estaba de lo más fresco.

—¡No me refería a eso, maldita sea…! Sino a este tiroteo, a este duelo.

Tony se presentó y presentó a su amigo, pero se cuidó muy bien de no mencionar a la American Petroleum Company. Ya habían terminado la comedia y ahora no podían dejar ningún rastro de su magnífica representación.

El marshall de Copperfield guiñó un ojo y dijo:

—Conque Tony Murray ¿eh?… Sé muchas cosas de usted y también de usted Nick Dukes.

—Celebro que nos conozca —repuso Tony—. Eso le indicará que somos personas de buena fe.

—Mis informes dicen todo lo contrario. Ustedes son un par de trapisondistas. A todo sitio que van la arman. A usted, Tony, estuvieron a punto de ahorcarlo en Flower City… Según parece, hizo cosas feas con la alcaldesa.

—Pero usted ya sabrá que fue una vil calumnia… Me acusaron de haber despedazado a la primera dama de la localidad, pero luego se comprobó que estaba vivita y coleando. Yo mismo me encargué de recuperarla para su esposo.

El marshall soltó un bufido.

—No me cuente penas.

—Usted lo provocó, marshall. Yo sólo hago que defenderme.

—¿Por qué se liaron a tiros con estos dos hombres, Murray? Ande, dígamelo y empezaré a creer en esa condenada buena fe de ustedes…

—No puedo aclararle nada, marshall, y lo siento. Pero si le sirve de pista, le diré que estos dos tipos estaban al servicio del mayor sinvergüenza con que usted cuenta en esta comarca. Y ya sabe que me estoy refiriendo a ese pirata de tierra firme que se llama Wallace Weiner.

Los pelos del bigote del marshall Thompson se erizaron.

—¿Qué es lo que dice, Murray?

—No se haga de nuevas, marshall. Usted sabe que Wallace Weiner le hizo la gran jugada a Steve Dalton mientras fue su

capataz.

El marshall carraspeó con fuerza.

—Hay cosas que no se pueden probar…

Tony se levantó y puso unos cuantos billetes sobre la mesa.

—Está bien, marshall. Ya nos veremos.

Los dos amigos fueron a salir.

—Esperen un momento —exclamó el marshall—. Me gustaría saber cuánto tiempo van a estar en el pueblo…

—No hemos decidido todavía la marcha. Cuando lo sepamos, se lo diremos.

Los dos se encaminaron hacia la puerta.

Ya en la calle, Nick dijo:

—Creo que esto se va a poner muy feo para nosotros.

—Sólo quiere decir una cosa, Nick. Que Wallace Weiner se ha enterado de alguna forma de la clase de juego que nos hemos llevado.

—Infiernos, es verdad, y por eso nos envió a sus matarifes.

—Vamos a ver a Steve Dalton.

Steve Dalton se encontraba en muy mala situación, aunque él no lo sabía.

La pelirroja Helen había dejado de prestar atención a su tarro de fruta en almíbar. Ahora le interesaba más besar los labios de Steve, porque éste le había mostrado el montón de billetes que recibió de Wallace Weiner.

—Cariño, eres el hombre más maravilloso de mi vida… Deja que tu gatita juegue con esos billetes.

—No, nena, les podrías hacer daño con tus zarpitas.

—No seas tonto. Sólo con dos cosas en este mundo soy melosa, con los hombres y con el dinero.

Steve se sentía tan embriagado con el contacto de la pelirroja que no se dio cuenta de que la puerta se abría.

Un hombre con cara de asesino se introdujo en el cuarto. Manejaba un revólver con la mano derecha.

—Salud para besarla —dijo.

Helen dio un grito y Steve se volvió.

—Eh, ¿qué hace usted con esa arma en la mano?

—He venido a matar.

—Pues se equivocó de cuarto. Su víctima no está aquí.

—Yo la estoy viendo con mis propios ojos.

Steve señaló a la pelirroja.

—No me diga que ha venido a matarla.

La joven gritó de nuevo.

El asesino rió torcida la boca.

—No, amigo. He venido a matarlo a usted y, como premio, me la llevaré a ella… ¿Verdad, nena?

Las pestañas de la pelirroja subieron y bajaron muy aprisa.

—Steve, ¿qué le has hecho a este valentón para que quiera liquidarle?

—Yo, nada… Ni siquiera le conozco.

—Vamos, no sea tan modesto, señor Dalton. Usted se la jugó a mi jefe y ahora él le envía sus mejores recuerdos con un par de balas.

De pronto se abrió la puerta y cuando el matón fue a volverse, Tony Murray le pegó un culatazo en la cabeza.

El asesino soltó un gemido y se desplomó sin conocimiento en el suelo.

Entonces Nick quitó el revólver al hombre de Wallace Weiner.

Steve Dalton exhaló el aire que contenía sus pulmones porque durante los últimos momentos había contenido la respiración.

Helen gateó por encima de la mesa buscando un tarro de almíbar.

—Necesito una pera para tranquilizarme.

Steve Dalton sacó una botella de *whisky* del cajón de la mesilla de noche y bebió un trago.

—Me apunto —dijo Nick Dukes.

Steve le pasó la botella y dijo a Tony:

—Oímos antes unos disparos y ahora apuesto a que fuisteis vosotros.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Dos fulanos intentaron asesinarnos en el restaurante.

Steve tragó saliva.

—¿Amigos vuestros que conocisteis en alguna otra parte?

—No, Steve. Eran empleados de Wallace Weiner.

—Ahora necesito otro trago —dijo Steve y le quitó la botella a Nick.

Steve apartó unos segundos los labios de la botella y dijo:

—Sólo hay una respuesta. El agente de Bienes Raíces, ese endemoniado de Cliff Whipple, ha debido investigar por su cuenta.

Steve se levantó de la cama. Señaló a Helen que estaba comiendo la pera en dulce.

—Nena, nos largamos…

—¿Adónde?

—A Alaska.

—¿Vamos a buscar oro?

—Helen, por ahora, sólo me interesa encontrar el lugar más despoblado de la tierra, y con suerte, quizá más tarde encontremos un filón.

—Pero, Steve, me tendrás que comprar un abrigo de visón. Dicen que allí hace mucho frío.

Steve Dalton ya estaba sacando la maleta del armario.

—Deja la maleta, Steve —dijo Tony.

—Entiendo, crees que no me dará tiempo, que debemos huir con lo que llevamos puesto…

—No, no es eso. Estoy pensando en Wallace Weiner.

—No nos dejará marchar. Pero, si lo consiguiéramos, lanzaría sobre nosotros su jauría. Y fuera del pueblo sería mucho más fácil para ellos acabar con nosotros.

—¿Qué estás sugiriendo entonces…? ¿Que nos marchemos nosotros mismos al cementerio y que nos metamos en el hoyo?

La ingenua pelirroja intervino:

—Steve, ¿te conté lo que me pasó de pequeña en el cementerio con un muerto?

—Ya me lo contarás otra vez. No estoy ahora para cuentos de aparecidos…

—Pero si no era un aparecido, tonto… Aunque él se hizo el fantasma para…

—¡Te he dicho que no sigas, Helen…!

—Como tú quieras, Steve. Pero palabra que no he encontrado nunca un muerto tan simpático.

El desvanecido asesino empezó a recuperar el conocimiento, pero Nick le pegó en la cabeza con el revólver y nuevamente lo envió a la región de los sueños.

Steve Dalton se rascó el cogote.

—Por todos los infiernos. Según tú, no tenemos salida. Wallace Weiner va a acabar con nosotros…

—Existe una solución —dijo Nick.

—¿Cuál…?

—Devolverle el dinero.

Dalton movió la cabeza en sentido negativo.

—No serviría, porque Wallace Weiner no puede soportar que lo hayamos engañado ante sus hombres y Cliff Whipple.

—Entonces —dijo Tony—, sólo podemos hacer una cosa. Aceptar su desafío.

Capítulo XII

Esther Morey se había soliviantado al oír los disparos.

Tom Meredith entró corriendo en el almacén.

—¿Qué fue eso? —preguntó la joven al herrero.

—Hubo un duelo en el restaurante del hotel.

—¿Entre quiénes?

—Fue por parejas. Tony Murray y su amigo Nick contra dos pistoleros.

La joven se puso pálida.

—¿Qué le ha pasado a Tony?

—No te preocupes, está bien.

Entonces ella se dio cuenta de que sólo había preguntado por el forastero.

Pero antes de que pudiese hablar, Tom Meredith dijo:

—Murieron los dos pistoleros.

—¿Sabes por qué echaron mano a los revólveres?

—No, de eso no me pude enterar.

Tom se acercó al mostrador y puso la mano derecha sobre la de Esther.

—¿Quieres que vaya a hablar con él?

—¿Para qué…?

—Para decirle que estoy enfermo y pedirle que me sustituya esta noche en el baile. Le diré que venga por ti.

—No quiero que hagas tal cosa.

—¿Por qué no?

—No sería decente.

—Las mujeres sois un enigma. Estáis deseosas de la compañía de un hombre determinado, y al propio tiempo, lo rechazáis… Está bien, Esther. Vendré por ti a las ocho.

El herrero salió del almacén.

Esther permaneció pensativa un rato. Sí, no tenía ninguna duda de que se estaba enamorando… ¿O habría terminado ya de enamorarse?

Algunas amigas le habían hablado del amor a simple vista y ella nunca había creído que pudiese pasar una cosa como ésa. Pensaba que el amor sólo podría llegar con el trato de una persona. ¿Colmo podía ocurrir que viese a un hombre y al momento se sintiese atraída por él?

Sin embargo, eso es lo que le había pasado, y cuanto más pronto lo reconociese, sería mejor y más honesto.

Poco después entraron dos mujeres en el almacén.

Una le pidió horquillas y la otra pinza para la ropa.

A la primera le sirvió clavos del siete y a la segunda un serrucho y un martillo.

Llegó la hora del cierre, que fue un descanso para ella.

Echó la llave y se dirigió a la habitación del fondo.

Se quitó el vestido, quedándose en enaguas y se puso a lavarse la cara.

De repente oyó un ruido procedente de la tienda.

No le dio importancia, porque pensó que sería un gato.

Iba a cambiarse de enaguas, pero oyó que la puerta de su dormitorio gemía. Miró rápidamente hacia allí y creyó que la sangre se le helaba en las venas.

No era el gato, sino Wallace Weiner.

—Señor Weiner ¿qué hace aquí? —dijo ella, cubriéndose el escote con la toalla.

—Vi la puerta abierta y entré.

—Mentira, la puerta estaba cerrada con llave.

—Bueno, entonces, empezaré de nuevo… Pasaba por ahí, saqué la llave falsa y entré.

—¿Una llave falsa…? Pero, señor Weiner, eso es un delito. Sólo lo hacen los ladrones…

—Y los hombres que quieren algo muy importante, por ejemplo una mujer que se les muestra esquiva…

—Señor Weiner, ya ha hablado bastante… Salga inmediatamente de aquí.

Pero Wallace no salió. Todo lo contrario. Cerró la puerta a su

espalda, quedándose en la habitación.

—Señor Weiner, ¿es que no me ha oído…? —dijo ella pegando una patadita en el suelo.

—Anda, cariño, vístete.

—¿Qué…?

—Ya lo has oído. Ponte guapa.

—¿Supone que me voy a vestir en su presencia?

—¿Qué mal hay en que un futuro esposo vea a su mujer vestirse? Te veré muchas veces y ya es hora de que te acostumbres.

—Es usted un puerco.

—¿Es así como respondes a una declaración de amor?

—Usted no me interesa lo más mínimo, señor Weiner. Y sépalo de una vez por todas. Jamás me casaré con usted.

—Apuesto a que no lo habrías dicho ayer.

—Nunca me pidió que fuese su esposa, de modo que no tiene derecho a suponer otra respuesta que la que le acabo de dar.

—No, pequeña. Tú has cambiado, y yo sé por qué.

—Señor Weiner, ¿qué le parece si continuamos esta conversación durante el baile del Club Ganadero?

—No, pequeña. La vamos a continuar aquí.

—Si no sale ahora mismo seré yo quien lo haga y me pondré a gritar en medio de la calle.

—¿Crees que te voy a dejar salir? No seas estúpida.

—¿Qué se propone?

—Ya te lo he dicho. Casarme contigo.

—Yo no le quiero a usted.

—No, ya lo sé. Quieres a otro hombre.

—Le dije que todavía no conocía a mi tipo…

—Eso era antes de que llegase a Copperfield Tony Murray.

La joven sintió un escalofrío por la espina dorsal.

Se había producido un silencio y ahora, Wallace lo interrumpió con una risita de sarcasmo.

—Di en la diana, ¿verdad, pequeña?

—No, señor.

—¿Qué vas a decir tú?

—Ahora que ya está tranquilo ¿quiere marcharse?

—No estoy tranquilo, dulzura. Y Tony Murray me las va a pagar.

La joven trago saliva.

—¿Quiere decir que le mandó esos dos pistoleros porque piensa que yo estoy enamorada de él?

—Se los mandé por otra cosa. Tony Murray, Nick Dukes y ese condenado de Steve Dalton me estafaron treinta y cinco mil dólares. Inventaron una buena comedia para endosarme esa maldita tierra del Páramo del Diablo.

Esther no pudo evitar una sonrisa.

Los ojos de Weiner brillaron como ascuas.

—Lo encuentras divertido, ¿verdad?

Avanzó sobre Esther y ella empezó a retroceder un poco asustada.

—No se acerque más, señor Weiner…

—¿Por qué no, querida…? Si es como me gusta estar, muy cerca de ti…

—Está bien señor Weiner, salga al almacén y me vestiré. Mientras tanto, puede probarse unos cuántos impermeables.

—No, dulzura, ya estoy harto de impermeables. Ahora prefiero otra cosa.

Esther leyó en los ojos de Weiner y supo a lo que se refería.

—Señor Weiner, no siga adelante con su atropello.

—Lo arreglaremos, nena… Ya te he dicho que me voy a casar contigo.

—Nunca pude imaginar qué clase de bestia es usted. Pero ahora, con sus palabras, está todo claro…

—Lo celebro.

Esther se volvió con un revólver en la mano.

Lo había sacado subrepticiamente del cajón de la mesilla de noche.

—Párese, señor Weiner, o disparo…

Y Wallace no tuvo más remedio que detenerse.

—Guarda ese arma.

—No, señor Weiner. Sólo lo haré cuando usted se haya marchado, pero antes quiero decirle unas cuantas cosas.

—Adelante.

—Olvídese de mí. A partir de hoy, yo no existo para usted, y le agradeceré mucho que compre sus mercancías en otro almacén. Entérese también de que yo sólo puedo amar al hombre que haya elegido mi corazón.

—Eres ridícula y vulgar como las otras mujeres…

—No crea que me insulta, señor Weiner. Acepto que me incluya entre todas las demás mujeres… Me siento orgulloso de ser como ellas… Soy dueña de mis sentimientos y nadie me impondrá lo que debo hacer.

—Ya lo veremos. Eso no termina aquí, dulzura. Habrá una continuación, y te aseguro que va a ser muy pronto…

Dio media vuelta para salir.

La joven fue detrás de él, porque tenía la seguridad de que Weiner iba a abandonar el almacén.

Pero, de pronto, el ranchero saltó sobre la joven, pegándole en la muñeca.

Ella dio un grito, mientras perdía el revólver.

—Querida, ya te tengo —dijo Weiner, atrapándola por la cintura.

Esther le pegó un zarpazo en la cara.

Wallace soltó un aullido y luego, lleno de furia, pegó un puñetazo en la cara de la almacenista.

La muchacha quedó sin sentido en el suelo.

Weiner la miró con la respiración jadeante.

—Yo te voy a enseñar a ser obediente, pequeña —dijo con voz ronca.

Oyó pasos y tíos de sus hombres entraron en la habitación.

—Oímos ruido de lucha, jefe —dijo Danny Adams.

—La tigresa se encolerizó.

—Le salió un buen arañazo en la cara.

—Haré que ella me lama las mejillas.

Danny Adams rió.

—No será mala idea. Casi estoy para arañarme, si ése es el remedio.

—No hagas esa clase de chistes, Danny, no me gustan…

—Perdone, jefe.

—Cogedla y sacadla por la puerta trasera.

—¿Adonde la llevamos?

—¿Adonde va a ser…? A mi rancho.

CAPÍTULO XIII

Tony Murray y Nick Dukes continuaban en la habitación de Steve Dalton.

Habían dejado marchar al pistolero para que diese un mensaje verbal a Wallace Weiner.

El mensaje sólo consistía en una cosa, que los dejase en paz.

Pero los tres sabían que sería ingenuo por parte de ellos esperar que Weiner fuese a hacer caso de tales palabras.

Los tres amigos paseaban por la habitación como animales enjaulados.

La pelirroja Helen estaba sentada en la cama y ahora dijo:

—Steve, ya terminé con mi tarro de almíbar… Quiero otro…

—Olvídate de eso. Llegó el momento de ponerte a régimen. Te servirá para conservar tu lindo palmito.

—Pero tengo más hambre.

—Silencio, estamos pensando.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Tony Murray sacó el revólver.

—¿Quién es?

—Tom Meredith, señor Murray, el herrero. Por favor, abra, señor Murray, me dijeron que lo encontraría aquí.

Murray miró a Dalton y éste dijo:

—Tom es una buena persona. No hay cuidado.

Tony abrió la puerta e hizo una señal a Tom para que entrase.

El herrero se había puesto su traje nuevo.

—Señor Murray, algo le ha pasado a Esther Morey.

—¿Qué quiere decir, Tom?

—Fui a buscarla para ir al baile, como habíamos quedado, y no la encontré en el almacén.

—Bueno, quizá se fue a alguna parte… A casa de alguna amiga…

La puerta estaba entornada, y eso es absurdo, porque Esther acostumbra a cerrar con llave. Pasé dentro llamando a Esther y, como no me contestó, llegué hasta sus habitaciones privadas… Vi un vestido y un revólver en el suelo…

—¿Un revólver…?

—Sí, sé que es de ella, porque tiene cachas de marfil. Me lo enseñó una vez. Lo guardaba en un cajón de la mesilla de noche… También había una toalla con manchas de sangre recientes… Dios mío, temo por ella.

—¿Qué me dice de Wallace Weiner?

—Todo el mundo sabe que Wallace Weiner quiere a Esther… Es lo que le iba a decir, señor Murray. A la salida encontró al viejo Jerry Kraft, el que limpia los establos… y pregunté si había visto a Esther y me dijo que no, pero que cosa de quince minutos antes vio entrar a Wallace y a dos de sus hombres, pero no los vio salir… Entonces me fui por la puerta trasera y vi que también estaba abierta.

—Creo que está todo claro, ¿verdad, Tom?

—Sí, señor Murray. El señor Weiner debió llevarse a Esther y, según veo yo las cosas, seguro que ahora Esther está en el rancho La Esperanza.

Tony apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Ese canalla sabe jugar bien sus cartas, aunque es un tramposo.

Nick intervino:

—Eh, muchacho, hay que avisar al marshall.

—No seas ingenuo, Nick, ¿qué podía hacer el marshall?

—Él es la autoridad.

—Sí lo es. Pero no quiere meterse en líos. Wallace Weiner es un hombre poderoso y nosotros sólo somos un par de forasteros.

—Y yo un ranchero arruinado —rezongó Steve Dalton.

—Hemos de operar por nuestra cuenta —dijo Tony.

* * *

Esther Morey volvió en sí.

Dio un gritito al ver que se encontraba en una habitación que no conocía, tendida en una cama.

Entonces oyó unos pasos.

Por encima de ella vio aparecer la cara sonriente de Wallace Weiner.

—¿Dormiste bien, pequeña?

—Pero ¿qué hago yo aquí?

—¿No te acuerdas?

—Oh, sí, alguien me golpeó… ¡Usted…! Eso es, me pegó un puñetazo… Es usted un salvaje… Un asqueroso reptil…

—Te pegué porque te lo merecías, pero yo también sé tratar con suavidad a las mujeres. Eso depende de ellas.

—Pero ¿cómo se ha atrevido a secuestrarme?

—Por un par de razones.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, para que seas mía. Ya dije que te quiero.

—Y yo también le di mi respuesta. No me gusta usted, señor Weiner, pero, continúe, explíqueme ahora su segunda razón.

—Tony Murray.

—¿Qué?

—El muchacho que ganó tu corazón. El apuesto forastero, tan varonil y tan ducho con el revólver y en el arte de engañar al prójimo.

—No debería insultarlo. Mírese primero en el espejo y verá el primer canalla del mundo.

—Voy a admitir por un momento que no soy trigo limpio. Pero entérate de una cosa, monada. Tu Tony Murray es un punto de cuidado, un estafador, un tipo de tres al cuarto.

—Miente.

—Me estafó treinta y cinco mil dólares con ayuda de sus compinches, Nick Dukes y Steve Dalton.

—Ya comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Sé lo que hizo usted con el rancho La Esperanza, señor Weiner. Todo el mundo lo sabe en Copperfield. Se aprovechó de Steve Dalton mientras él fue un niño. Le fue robando poco a poco sus tierras, su rancho, y sólo le dejó con las botas puestas.

—Ahora le voy a quitar hasta las botas.

—¿Y es usted quien se atreve a opinar sobre Tony Murray? Le dije antes que comprendía lo que había hecho. Se ha aliado con

Dalton para recuperar una parte de lo que le pertenece.

—¿Acaso te dijo algo?

—No, no me dijo nada.

—Oh, sí, es el chico que a ti te gusta y estás dispuesta a justificar sus actos, incluido todo lo malo que puede hacer.

—Estoy segura de que Tony Murray es una buena persona.

—No voy a discutir eso contigo porque no me gusta hablar de los muertos.

—¿Qué dice? ¿Tony Murray muerto?

—No, todavía no lo está, pero, por ti, como si lo estuviese.

—No se atreverá a hacerle ningún daño.

—Prometo dejarlo quietecito cuando lo meta en el ataúd.

La joven saltó de la cama apartando la sábana. No le dio importancia al hecho de que estuviese todavía en enaguas. Echó a correr hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Weiner sin inmutarse.

—Escaparé de aquí. Avisaré a Tony Murray —contestó ella con gran ingenuidad.

Al abrir la puerta se detuvo al ver a dos hombres que había en el corredor. Uno de ellos, Danny Adams, la obsequió con una sonrisa.

—¿Te pasa algo, bombón?

Esther apretó los menudos dientes con furia. Pegó un envión a la puerta, cerrándola y se volvió hacia Wallace.

—Señor Weiner, nunca me imaginé que pudiese llegar a suplicarle.

—Sí, reconozco que debe ser un número muy bonito.

—Le prometo olvidar todo esto, no diré una palabra al marshall.

—Bien hecho, una mujer jamás debe decir una cosa fea de su marido.

—No me ha entendido. No diré una sola palabra, a condición de que me deje marchar ahora mismo.

—Yo no puedo hacer eso, preciosa. Te quiero demasiado para perderte.

—Pero ¿es que me va a retener contra mi voluntad? ¿Cómo he de decirle que no es usted el hombre a quien yo quiero?

—No te preocupes, corregiremos ese pequeño fallo.

—¿Y cómo lo piensa corregir?

—En unos cuantos días te acostumbrarás a mí. Ya verás como

dentro, de muy poco me dirás que soy el hombre más atractivo de la tierra. A todas les pasa igual.

—Tiene usted un cerebro muy tortuoso, señor Weiner. Pero no espere de mí que acepte. ¡Ni ahora ni nunca!

—Prepárate para la boda —dijo Weiner, caminando hacia la puerta.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Vamos a celebrar nuestro matrimonio.

—Oh, no…

—Es la sorpresa que te he preparado.

—No es válido un matrimonio de pega.

—No será de pega, sino auténtico.

—En cuanto llegue el juez Uris, le contaré la verdad.

—Abandona esta idea, pequeña. No va a ser el juez Uris quien nos case. Ya lo preparé todo. Se trata de un juez que uno de mis hombres ha ido a buscar.

—¡No le consentiré esa canallada!

—Claro que lo vas a consentir.

—Le desafío a que me obligue.

—Oye esto, nena —repuso Weiner señalando a Esther—. Aceptas casarte conmigo o te entrego a mis hombres…

Los ojos de Esther se agrandaron. Se había quedado sin habla. Entonces, Wallace prosiguió con una sonrisa:

—Anda, atrévete a desafiarme ahora… Y tú ya sabes que cumpliré mi palabra… Ellos son doce, por si te sirve el número.

—Canalla.

—¿Sí o no? Contesta ahora mismo.

Ella no respondió.

Entonces Weiner echó a andar hacia la puerta.

—Voy a dar entrada a mis muchachos.

—¡No lo haga! ¡Me casaré con usted!

Wallace sonrió con aire de triunfo.

—Muy bien, nena. En ese armario encontrarás vestidos. Hay cuatro y todos ellos son modelos de primera categoría. Ponte el que más te guste. Pero debes estar lista en una hora. Recuérdalo, ni un minuto más.

Wallace salió del dormitorio.

Al encontrarse a solas, Esther se echó de bruces en el lecho

sollozando amargamente.

CAPÍTULO XIV

Llamaron a la puerta de la habitación de Dalton.

Tony Murray, otra vez con el revólver en la mano, abrió.

Le costó trabajo identificar a un sujeto que tenía la cara deshecha.

—¿No se acuerda de mí? —dijo el hombre—. Soy el tipo que estuvo aquí para matar al señor Dalton.

—Pero, hombre de Dios, ¿quién le ha deshecho la cara?

—Mi jefe, por haber fallado.

—Disculpe, muchacho, pero aquí no nos ocupamos de socorrer a los pistoleros en desgracia.

—No venía a eso, sino a que me diese diez dólares.

—Otra vez será, hermano —dijo Murray y fue a cerrar la puerta.

El pistolero se lo impidió poniendo el pie en la ranura.

—Le voy a dar algo, a cambio, y supongo que será importante para usted: información acerca de la señorita Morey.

Instantáneamente, Tony abrió la puerta.

—Pasa, muchacho, y bien venido a la familia.

El pistolero venido a menos entró y levantó la mano.

—Deme los diez dólares, señor Murray.

—Será mejor que no me engañes, chico. ¿Cuál es tu nombre?

—Jonathan.

—Está bien, Jonathan. Te voy a dar los diez dólares, pero como tu información sea falsa, lo que hizo tu jefe va a ser poco para lo que te voy a hacer yo.

—No puedo engañarles porque el jefe me despidió Y dejó de pagarme veinticinco dólares que me debía.

Murray le entregó los diez dólares.

—Habla, Jonathan.

Entonces, Jonathan contó a Murray y sus amigos el proyecto de Weiner de casarse con Esther en su propio rancho, y también dio detalles referentes al juez que uno de los hombres había ido a buscar.

—Nick —dijo Tony Murray cuando su informante hubo terminado—. Hemos de ponernos en marcha.

—Pero ¿de qué hablas, Tony…? ¿Es que no lo has oído? No hay nada que hacer… No intentarás asaltar ese rancho. Nos llenarían de agujeros antes de llegar a la puerta.

Dalton intervino:

—Eh, muchachos, debéis contar conmigo.

—Lo siento, Steve, pero ahora no te necesitamos —repuso Tony.

Nick quedó perplejo.

—¿Estás bien de la cabeza, Tony? Tú y yo somos dos, se nos ofrece un tercero para echarnos una mano, y tú dices que no lo necesitamos, cuando en realidad lo que nos hace falta es un batallón del ejército.

—No seas pesimista y ven conmigo. Se me ha ocurrido una idea.

Nick vio salir a su amigo de la habitación y, cruzando los dedos, dijo:

—Eso es lo malo, que se le acaba de ocurrir una idea y, cuando eso sucede, ya puedo estar seguro de que alguien está a punto de cobrar mi piel…

* * *

—¿Qué tal estoy de juez, Tony?

—La mar de bien. Les darás el pego. El verdadero juez nos acaba de confesar que no conoce a Weiner. ¿Verdad que no, juez?

El auténtico Charles Yerby estaba tendido en el suelo, atado y amordazado, y a su lado, también convertido en un paquete, se hallaba el pistolero que Wallace había enviado en busca de Su Señoría.

Había sido fácil hacerlos prisioneros, porque les salieron al paso inopinadamente.

Nick Dukes viajaba siempre con unas alforjas en las que transportaba los útiles necesarios para caracterizarse de varias formas.

—Contigo sí que hay que esmerarse, Tony. Deja que te coloque

bien esa peluca.

—¿Qué tal la nariz?

—Te he puesto un pico de águila que no se lo salta un galgo, pero debes recordar que tienes cuarenta y cinco años.

—Descuida, haré de reumático si es preciso. No puedo ser el pistolero que mandó Wallace, de modo que soy tu ayudante. Mi nombre es Gerald Fargo.

—Una voz interior me dice que todo esto va a salir mal, Tony.

—¿Por qué, si siempre salió bien?

—Ya sabes. Es la ley de probabilidades.

—No podemos fracasar ahora. Bien, ya nos podemos ir.

Tony se acercó a los prisioneros y dijo:

—No se preocupen. Estén quietecitos. Yo volveré por aquí para liberarlos.

Poco después, los dos amigos emprendían una galopada dirigiéndose al rancho La Esperanza.

Tony y Nick, bajo su disfraz, descabalgaron ante la casa.

Tres hombres bajaron del porche, Uno de ellos era Danny Adams.

—¿Es usted el juez Yerby?

—El mismo que casa y viste, quiero decir que calza y viste.

—¿Y quién es este tipo que le acompaña?

—Mi ayudante, Gerald Fargo. Viene conmigo a todas partes. No puedo prescindir de él desde hace más de diez años.

—Me parece muy bien, juez, pero ¿y el hombre que le enviamos para traerlo aquí?

—Oh, sí, su pistolero quiero decir su enviado… Le dio un ataque al hígado. Seguramente bebía demasiado.

—Pero si era abstemio.

—Por eso le dio porque no tenía costumbre… Infiernos, llegó a casa borracho, ¿verdad, Gerald?

—Como una cuba.

—Está bien, cuando venga por aquí ya le daré su merecido. Ahora denme sus pistolas.

—¿Cómo dice?

—Sus armas, no las necesitan para casar.

—Lo siento, amigo —dijo Nick—, pero yo voy a todas partes con mi ayudante y mis pistolas.

—Aquí no. Hará una excepción a la regla. El señor Weiner no consiente que nadie entre en su casa con armas, a no ser que trabajen para él. ¿Se las van a quitar por las buenas o prefieren que usemos nuestro método?

—No hace falta. Les daremos las armas —dijo Nick y soltó una maldición para sus adentros.

Poco después, los dos amigos, ya desarmados, entraron en la casa. Danny los precedía.

—Esperen un momento, voy a anunciar su llegada al señor Weiner.

Danny desapareció en una habitación de la derecha.

Entonces Nick dijo:

—Conque iba a resultar fácil, ¿eh…? ¿Qué hacemos ahora sin un revólver que llevarnos a la mano…?

—Ya inventaremos algo.

—Claro, y si no lo inventamos, nos podremos ir de aquí sin recibir un rasguño. Al fin y al cabo, hemos venido a una boda…

—Silencio, ya viene.

—Danny Adams salió por la puerta y les hizo una señal.

—El señor Weiner les espera.

Tony y Nick entraron en una biblioteca.

Weiner estaba sentado en un sillón bebiendo un vaso de *whisky*. Tenía sobre sus rodillas a una rubia, pero, naturalmente, ella no era la novia.

Al ver aquello, Tony dijo:

—Ande, juez, cáselos y marchémonos.

Nick sacó el libro rápidamente.

—Ya que están tan unidos, los declaro marido y mujer.

Wallace salió de su estupor.

—Pero ¿qué imbecilidad está diciendo, juez?

—No interrumpa la ceremonia… Ponga una mano en el remo de la rubia y pronuncie conmigo estas palabras…

—¡Pero si ésta no es mi prometida!

—No me diga que es su abuela.

—¿Cómo va a ser mi abuela si tiene veintitrés años?

—Eso decía yo, que no podía ser.

—Oiga, pero ¿es usted el juez Yerby?

—Puede preguntarlo donde quiera… Tengo un lunar en la

espalda a la altura de…

Tony pisó el pie de su compañero porque estaba desbarrando demasiado.

—Juez, ya le dije que no bebiese tanto *whisky*.

—Conque su Señoría se emborrachó, ¿eh? —rió Wallace—. Ya lo comprendo todo.

Nick soltó un hipido y caminó hacia el sillón.

—Usted me es simpático… ¿Puedo darle un beso a la novia?

Atrapó a la rubia y le dio un beso de tornillo. La rubia pataleó porque se ahogaba y el resultado fue mucho más catastrófico porque empujó la copa que Weiner tenía en su mano y el ranchero recibió el *whisky* en plena cara. Pegó un salto y todos se fueron por el suelo.

Tony quiso aprovechar la oportunidad. El revólver de Weiner se había salido de su funda y estaba en el suelo, pero entonces oyó la voz de Adams.

—Eh, ¿qué hace?

—Sólo quería devolverle el revólver al señor Weiner.

—No se preocupe, él tiene manos para cogerlo.

—Está bien, como quiera. La culpa la tengo yo por ser servicial.

En el suelo, las cosas iban cada vez peor. La rubia, por querer desembarazarse de Nick, puso su pierna alrededor del cuello del ranchero. Éste empezó a ahogarse y sólo tuvo un medio para librarse de aquella pierna que lo estrangulaba como un tentáculo. La mordió en la pantorrilla.

Entonces se produjo una reacción en cadena.

La rubia mordió a Nick en una oreja.

Nick, como no podía morder a, nadie, aulló y mordió la pata de una mesa.

—¡Maldita sea! —pudo gritar Weiner—. Juez, lo voy a ahorcar ahora mismo.

—No puede. Queda detenido.

—¿Por qué me detiene?

—Todo lo que diga a partir de ahora podrá ser alegado en su contra.

—Pero ¿qué dice, juez?

Tony intervino.

—Recuerde que está borracho, señor Weiner.

—Maldita sea, no puede casarme de ese modo… Yo le voy a quitar la borrachera. Danny, que le den un baño.

Nick gritó mientras retrocedía:

—Al que me toque lo meto en la celda.

Tony habló de nuevo.

—Señor Weiner, no puede bañar a Su Señoría. Tiene una fuerte bronquitis. Pero no se preocupe, aplazaremos la boda hasta mañana.

—¡No puedo aplazarla hasta mañana!

—No se preocupe. Nosotros nos quedaremos a dormir en la casa.

—Ustedes se quedarán a dormir, si quieren, porque tengo bastantes habitaciones, pero el matrimonio se celebrará ahora. Y, al que trate de oponerse lo mando ejecutar en el acto.

—Yo soy aquí el único que manda —dijo el juez.

—Mátalo, Danny.

—Usted es el que manda —gritó Nick.

Weiner sonrió satisfecho.

—Está bien, juez, prepárese. Anda, Hilda, sube al cuarto de Esther y dile que la estamos esperando. Tú serás la dama de honor.

—No me someteré a esa humillación.

—¿Qué dices, desgraciada?

—Wallace, yo te quiero más que ella.

—Cierra el pico.

—Ya lo he mantenido cerrado todo el tiempo que has querido.

—Pero ¿qué dices, imbécil? ¿Es que quieres que te corte la lengua?

Nick intervino:

—Oiga, se ve que la chica está muy enamorada de usted. Tal como yo veo las cosas, es con ella con quien se debe casar. Tóquela y verá… —Nick apretó el brazo de la joven—. Está fuerte y sana, le dará hijos robustos y tan brutos como usted… Alégrese, señor Weiner, aunque usted se muera, ella le dará herederos.

—Juez, no vuelva a interferirse en mis asuntos privados. Si vuelve a hacerlo, le juro que mi matrimonio será el último que realice. Y tú, Hilda, obedece inmediatamente.

—Sí, Wallace —dijo la rubia lloriqueando.

Hilda salió de la estancia.

Tony se frotó las manos.

—Bueno, ¿qué le parece si lo celebramos? Yo prefiero un vino de Oporto.

—No hay oporto, sino *whisky*.

—Está bien, que sea *whisky*.

—Danny, escancia unos cuantos vasos, pero no le sirvas al juez.

—¿Por qué no, infiernos? —gritó Nick, que no había bebido una sola gota en muchas horas.

—¡Porque lo digo yo y basta! —rugió Weiner.

—Si es así, me conformaré.

Danny preparó los vasos.

Tony caminó hacia él para quitarle el revólver por la espalda. Era la única forma de salir de aquella situación comprometida.

En aquel momento se abrió la puerta y el agente de Bienes Raíces, Cliff Whipple, dijo:

—Enhorabuena por su matrimonio, señor Weiner.

Danny se volvió y Tony perdió la oportunidad de quitarle el revólver.

Whipple se detuvo delante del juez y miró a éste con el ceño fruncido.

—Oiga, su cara la he visto yo en otra parte.

—En Hermosilla quizá…

Whipple se quedó pensativo.

—No, no fue en Hermosilla.

—Es el juez Yerby —dijo Weiner.

—Sí, podrá ser el juez Yerby, pero yo lo he visto en alguna parte… Juraría que ha sido en Copperfield y no hace mucho.

Tony sintió un escalofrío por la espalda. Aquel Agente de Bienes Raíces era un buen fisonomista.

Wallace dijo:

—No me gusta esa manía tuya de querer buscar siempre parecidos a las personas, Whipple.

—Pero si no se trata de parecidos, señor Weiner. Le digo que he visto a este tipo en alguna parte y yo juraría que no hace aún cuarenta y ocho horas.

Nick, para salvar la situación, dio unos pasos hacia Whipple.

—Ya sé dónde nos vimos, señor Whipple.

—Lo celebro, hombre.

—Lo metí en la cárcel el año pasado por ladrón.

—¿Qué dice?

—Asaltó a una pobre familia de emigrantes. Les quitó el caballo, la galera y hasta los utensilios de cocina con que hacían la comida.

Whipple sonrió.

—Oh, no, juez, usted se equivoca. Yo no pude hacer una cosa así.

—Ya comprendo, se dedica al robo en gran escala… Ahora es cuando lo cacé. Usted robó un Banco en Austin el año pasado… Lo condené a nueve años. ¿Qué hace usted fuera de la cárcel? ¡Le ordeno que vuelva a la prisión! ¡Gerald, espósalo inmediatamente!

Whipple retrocedió asustado.

—Eh, señor Wallace, ¿qué le pasa a este juez?

—Se emborrachó, maldita sea, pero ya le he advertido que, como no recupere la serenidad voy a hacer un buen escarmiento con él. ¿Oye, juez? ¿O necesita que le grabe las palabras en los sesos?

En aquel momento se abrió nuevamente la puerta de la habitación.

Aparecieron las dos mujeres.

Tony se quedó como hipnotizado al ver a Esther. Estaba realmente preciosa con aquel vestido verde entallado con mucho escote.

Wallace también parecía en trance.

Nick quiso aprovechar la oportunidad. Echó a andar y se tambaleó cayendo sobre Danny Adams. Su mano fue al revólver de éste, pero Danny lo atrapó por la muñeca.

—¿Qué hace? ¿Es que no tiene ojos en la cara, juez?

—Perdone, pero tropecé.

—Sí, ya lo sé… Tenga más cuidado. El señor Weiner y yo estamos hartos de sus equivocaciones.

Wallace se acercó a la joven y apartó de un manotazo a la rubia Hilda.

Miró a los profundos ojos de Esther y dijo con una sonrisa:

—Nena, ahora me doy cuenta más que nunca de lo bien que elegí.

—Váyase al infierno.

—Siendo contigo me voy ahora mismo. Ya me siento abrasado por las llamas.

—Sus palabras no me hacen ninguna gracia.

—No esperé que te la hiciesen. Y ahora, vamos de una vez a celebrar nuestro matrimonio.

Tony juró para sus adentros que jamás consentiría aquella unión, pero se preguntó cómo lo iba a impedir cuando él y su amigo se encontraban desarmados.

CAPÍTULO XV

Wallace Weiner se dirigió a Danny.

—¿Todavía no llegaron mis invitados especiales?

—Sólo uno.

—¿Quién de ellos?

—Steve Dalton.

Tony no pudo evitar un respingo.

—¿Y Tony Murray, y Nick Dukes? —inquirió Wallace.

—Han desaparecido de la ciudad.

—¡No me digas que huyeron!

Danny carraspeó.

—Recibí un informe hace un rato. No han sido vistos en ninguna parte. Nuestros hombres los han buscado.

La joven levantó la barbilla.

—Celebro que se hayan ido. Así no les podrá hacer ningún daño, señor Weiner.

Los ojos del ranchero chispearon.

—Está bien, ya nos ocuparemos de ellos mañana. Ahora, Danny, haz entrar a Steve.

Danny abrió la puerta e hizo chascar los dedos.

Dos pistoleros entraron sujetando a Dalton por los brazos.

—¡No tienen derecho a traerme aquí por la fuerza...! —gritaba el rubio.

Al ver a Weiner, caminó hacia él.

—Ahora mismo me va a dar una explicación de todo esto. ¿Sabe que sus hombres me trajeron aquí a punta de revólver?

—Lo hicieron porque yo les di esa orden.

—Está cometiendo un delito.

—Es usted un imbécil, Steve. ¿Creyó que me la iba a pegar con

la tontería del petróleo en el Páramo del Diablo?

—Ya se la pegaron mis amigos.

—De momento han huido, pero no llegarán muy lejos. Se lo juro, Steve. Danny, ¿ha traído el dinero?

—Sí, se lo quité. Se gastó un poco. Hay nueve mil novecientos cincuenta dólares.

Weiner cogió el gran fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa. Luego sonrió otra vez a Steve.

—Sus amigos también escupirán el dinero que me limpiaron.

Nick Dukes intervino:

—Eh, señor Weiner, todo lo que está pasando aquí es muy raro.

—¿Usted cree?

—Me da la impresión que han cometido todos los delitos que están previstos en la ley y algunos más que se olvidaron de incluir.

—No empiece de nuevo a decir tonterías, juez, o me lo cargo yo en persona. Usted aténgase a lo que yo le ordene. Y mi primer mandato es que empiece usted la ceremonia.

De ponto Whipple lanzó un grito.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo tengo…!

—Cállate, Whipple —dijo el ranchero.

—No puedo callarme, señor Weiner… Ya sé quién es el juez.

—Todos lo sabemos. El juez Yerby es el juez Yerby.

—Que se cree usted eso. Otra vez se la iban a pegar.

—Cállate, Whipple —dijo Weiner y de pronto se detuvo—. ¿Qué es lo que acabas de decir?

—El juez Yerby es Nick Dukes, el amigo de Tony Murray.

En el mismo momento, Danny sacó el revólver.

Wallace exclamó:

—Pero ¿qué tontería estás diciendo, Whipple?

—A mí no se me despinta una cara y ya decía yo que la de este juez la había visto recientemente… Se lo juro, señor Weiner, es Nick Dukes… Le apuesto doble contra sencillo a que su nariz y peluca con postizas.

Hubo un silencio en la estancia. Nick se sacó un martillo del bolsillo y lo golpeó furiosamente contra la mesa.

—Cualquier desacato dirigido contra este tribunal será castigado con la prisión perpetua. Señor Whipple, guarde la debida corrección o le pongo orejas de burro… Maldita sea, ¿quién me da un trago de

whisky? —soltó un hipido para acentuar más su papel.

—Danny —dijo Wallace a pesar de todo—. Apúntale a la barriga y, si se mueve, te lo cargas.

—Sí, jefe.

Nick dio un salto.

—Eh, no puede hacer eso conmigo.

—Ya lo sabes, Danny —repuso Wallace—. Yo me voy a acercar a él para quitarle la nariz y la peluca.

—Le prohíbo que me toque… Sólo se lo consiento a las mujeres de menos de treinta años.

—Está a punto de irse con sus antepasados. Estese quieto.

Alargó la mano y, atrapando la nariz de Nick, se la arrancó de un tirón.

Tony contaba con el efecto que produciría el descubrimiento definitivo de la identidad de Nick.

Saltó sobre uno de los pistoleros que quedaba a su espalda.

Logró atrapar el revólver cuando todavía iba por el aire.

Danny se volvió y le mandó una bala.

Tony sintió que él plomo le acariciaba la mejilla.

Luego, apretó el gatillo dos veces.

Danny se fue contra la pared impulsado por la fuerza de los proyectiles que le habían mordido en el pecho. El otro pistolero que estaba armado quiso sacar, pero lo pensó demasiado tarde. Tony le metió un proyectil por las fosas nasales.

—Cierra la puerta, Steve —gritó.

El rubio obedeció precipitadamente.

Wallace movió la mano hacia la pistola.

—No haga eso, Weiner —dijo Tony—, o lo emplomo por el vientre.

Wallace retiró la mano del arma y entonces Nick se apoderó de su «Colt».

Tony se puso en pie y con un par de movimientos se quitó su disfraz.

Esther lanzó un grito.

—¡Tony…!

—¿Te hizo daño el mandamás?

—No, Tony, sólo me dio un puñetazo.

—Bien, luego se lo cobraré.

Wallace Weiner hizo rechinar los dientes.

—Esto es un asalto. Y se lo voy a hacer pagar caro, Murray. Le invito a que usted y sus amigos abandonen el rancho.

—Es usted el que lo va a abandonar. Siéntese en la mesa y escriba lo que le dicte.

—¿Qué dice? No haré tal cosa.

—Eso, o lo mando a la tumba fría inmediatamente.

—No se atreverá a matarme a sangre fría.

—¿Que no? Voy a contar hasta tres y, si para entonces no se ha sentado ante la mesa, me lo cargo. Uno… dos…

Wallace corrió hacia la mesa y se sentó ante el sillón. En un momento estuvo dispuesto para escribir.

Tony le dictó un documento en virtud del cual Wallace Weiner vendía el rancho La Esperanza a Dalton en la cantidad de veinte mil dólares.

Al oír aquello, Wallace pegó un brinco.

—¡No consentiré que me roben!

—Eso resulta muy gracioso saliendo de su boca, Weiner. Usted engañó miserablemente a Steve Dalton, y él no recibió nada. Usted, en cambio, va a recuperar veinte mil dólares de los treinta y cinco mil que nos dio por el terreno petrolífero. No se va a morir de hambre y hasta le damos la oportunidad para que se haga un hombre de provecho lejos de Copperfield. Vamos, termine rápido de escribir y firme.

Wallace Weiner escribió y firmó lo que había escrito.

Steve tomó el papel y lo leyó para sí.

—Está perfecto, Tony, y ya tiene los diez mil dólares que me dio a mí.

Tony metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó oíros diez mil dólares que tiró a Weiner.

—Ya tiene su precio, Weiner.

—¡Esto es un atropello!

—No sea estúpido. Deje ya de decir sandeces.

De súbito se abrió la puerta de la habitación y entraron dos forajidos.

Al mismo tiempo, los cristales de una ventana saltaron hechos añicos.

Era un ataque sincronizado.

Las mujeres se arrojaron al suelo.

Tony, Nick y Steve le estaban dando al gatillo.

Los dos forajidos que habían entrado por la puerta se abatieron escupiendo maldiciones.

Tony se encargó de dos tipos que había en la ventana.

—¡Cuidado, Tony! —gritó Esther.

Tony se volvió a tiempo de ver que Wallace sacaba una pistola del cajón del escritorio.

Hizo fuego nuevamente.

Wallace recibió el impacto entre los dos ojos y cayó desparramado en el suelo.

Otro hombre que apareció por la ventana se retiró gritando.

—¡Se han cargado a Weiner!

Desde ese momento, terminó la ofensiva de los hombres de Wallace.

* * *

—Eh, Tony —dijo Nick—. ¿No decías que nunca te pondrían la soga en el cuello?

—Sí, tienes razón, es lo que yo me repetí una y otra vez, pero ya lo ves…

Hablaban en sentido metafórico. Nick se refería al yugo del matrimonio.

Una mujer, Esther Murray, había puesto la soga al cuello de Tony Murray. Y era para toda la vida.

Esther vino de las habitaciones interiores del almacén.

—¿Vendimos hoy mucho, maridito?

—Hicimos una caja de cincuenta dólares.

—¿Qué haces ahí parado, Nick? ¿Por qué no pones en su sitio el alambre que llegó esta tarde?

—A la orden, patrona, en seguida voy —dijo Nick y luego agregó por lo bajo—: Tengo que convencerlo para que nos fuguemos.

Cuando quedaron a solas, Esther acercó su cara a la de Tony y dijo:

—¿No hay un beso para la patrona?

Tony sonrió a su mujer y, enlazándola por la cintura, unió su boca a la de ella.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

HEROES DE LA PRADERA

Una colección
dedicada a dos
colosos del



SILVER KANE y KEITH LUGER

Dos autores cuya fama crece día a día



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain